

HISTORIAS DEL MÁS ALLÁ III

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
EN TODAS PARTES CUECEN HABAS	3
ESOTERISMO 2.0	7
QUIEN A HIERRO MATA...	16
INFIERNO TERRENAL	20
LAS APARIENCIAS ENGAÑAN	23
EL VERANILLO DE SAN MIGUEL	26
EL VERANILLO DE SAN MARTÍN	30
HUELGA ANGELICAL	31
INFIERNO 2.0	33
AGRAVIO COMPARATIVO	38
BUROCRACIA ETERNA	40

PRESENTACIÓN

La muerte es algo que siempre ha fascinado al hombre, y ya desde los mismos albores de la civilización nuestros más remotos antepasados desarrollaron rituales funerarios destinados a facilitar el tránsito del alma del difunto al Más Allá. Posteriormente todas las grandes religiones, entre ellas la cristiana, desarrollarían todo un corpus teológico intentando explicar, cada una a su manera, lo que ocurre después de la muerte.

Yo evidentemente no soy una excepción, y al menos en el plano literario he intentado especular con diferentes variantes del tránsito de una a la otra vida, la mayoría de ellas rotundamente heterodoxas.

Les presento el tercero de los tres volúmenes de los relatos pertenecientes a esta temática.

José Carlos Canalda

EN TODAS PARTES CUECEN HABAS

Dos figuras paseaban plácidamente por uno de los muchos jardines celestiales. En realidad éstos nada tenían de jardín tal como lo entendemos los mortales, pero era así como los denominaban las ánimas benditas puesto que estaban al servicio de su recreación, algo necesario puesto que la inmortalidad acaba aburriendo mucho.

Las almas, puesto que de ellas se trataba, correspondían a dos antiguos mártires que en tiempos de persecuciones habían defendido la fe verdadera a costa de sus propias vidas, lo cual les había permitido saltarse los largos y engorrosos trámites burocráticos que se veían obligados a cumplir aquellos que, aun muriendo en olor de santidad, no podían acogerse a la vía rápida del martirio para poder franquear el umbral tan celosamente guardado por san Pedro.

Eran san Pánfilo de Cesarea, presbítero martirizado el 16 de febrero de 309 en la ciudad palestina de Cesarea, y san Expedito, que fuera comandante de una legión romana antes de convertirse al cristianismo, lo que le valió ser decapitado en la ciudad capadocia de Melitene el 19 de abril de 303 junto con varios compañeros suyos.

Ambos caminaban -es un símil, puesto que en realidad las almas incorpóreas simplemente se trasladan- con gesto cansino. Tras detenerse junto a un cúmulo de nubes que tampoco lo eran, acomodaron sus cuerpos intangibles en ese recinto diseñado para el reposo si no físico, que evidentemente no lo necesitaban, sí espiritual, que no todo en el cielo era de color de rosa.

Aunque no se habían conocido en vida -mortal, se entiende-, el hecho de haber sido martirizados durante la persecución de Diocleciano y ser relativamente paisanos hizo que al encontrarse allí arriba, ya con el marchamo de santos mártires, trabaran una amistad que había perdurado durante más de dieciocho siglos, reforzada en estos últimos tiempos por las tribulaciones que afectaban a uno y a otro.

-Te digo, Expedito, que esto está cada vez peor -rezongó el de Cesarea al tiempo que miraba precavidamente a su alrededor, algo sencillo para un alma que goza de un campo visual de trescientos sesenta grados sin necesidad de mover la inexistente cabeza, en previsión de que pudiera haber chivatos-. Desde que decidieron implantar el sistema de votaciones que rige en las malditas redes sociales no levanto cabeza, y eso que me la cortaron y a saber donde podrá andar la pobre ahora.

-Sí -suspiró su compañero, simbólicamente claro-, antes las cosas irían mejor o peor con la fe popular y los patronazgos, pero el sistema funcionaba razonablemente bien; y aunque muchos santos antiguos acabáramos desplazados a un segundo plano por la devoción a los nuevos, al menos se nos respetaban los derechos adquiridos.

-Pero llegaron esos arcángeles recién titulados con sus ínfulas de ejecutivos agresivos y pusieron todo patas arriba con su antojo de modernizar el escalafón, haciendo tabla rasa de la antigüedad y suprimiendo todos los derechos adquiridos... ¡como si pudiéramos competir en igualdad de condiciones con los recién llegados! -se exasperó Pánfilo-. Y por si fuera poco, instauraron ese enrevesado sistema que te puntúa según las veces que te invoquen los fieles allá abajo. ¡Como si alguien se acordara ya de mí a estas alturas!

-Tienes razón, pero lo mío es mucho peor -respondió el antiguo militar-. A ti al menos te reconocen tu identidad y te certificaron como mártir justo después de tu muerte, pero yo tuve que esperar ¡hasta 1629! para ser beatificado y hasta 1671 para ser canonizado... más de trece siglos, negándoseme además la vía rápida pese a reconocerse mi condición de mártir. Y por si fuera poco escarnio, ya en 1969 se me retiró del Martirologio romano con la excusa de que no se podía demostrar fehacientemente mi existencia histórica, sin que fuera vuelto a incluir, a diferencia de otros santos no menos dudosos que yo, en la revisión de 2001. ¿Acaso no estoy aquí en cuerpo y alma? Bueno, sólo en alma como cualquier otro -concluyó airado.

-Pero allá abajo no tienen modo de saberlo... -objetó Pánfilo con timidez-. Y, como es natural, no pueden preguntárnoslo a los de aquí.

-De acuerdo, pero entonces ¿por qué me han borrado de un plumazo el historial como a ti? Porque yo, y no tomes esto como una comparación ni mucho menos como una crítica, sí gozo de fervor popular en estos tiempos de descreimiento, soy el patrono de las causas urgentes, abogado de las causas imposibles, protector de los militares, los estudiantes, los jóvenes y los viajeros, y patrono de las causas legales demasiado prolongadas. Recibo culto en numerosos lugares, sobre todo en Sudamérica, soy patrono de una localidad siciliana y no han retirado ni una sola de mis imágenes, que no son pocas, de las iglesias en las que me veneran. Mi culto sigue estando tolerado, lo que indica que pese a todo sigo teniendo muchos fieles cuyos votos deberían contabilizar según el nuevo sistema. ¿No te suena a excusas para quitarnos de en medio con independencia de nuestras circunstancias personales? Porque lo lógico, por no decir lo justo, sería que siempre nos aplicaran los mismos criterios a todos, y no aquéllos que les vengan bien en cada caso para hacer limpieza de *funcionarios*, tal como nos tildan despectivamente a todos los que no nos ajustamos al perfil de lo que definen arbitrariamente como un santo moderno. Y a todo esto, el Jefe y su estado mayor sin decir ni pío...

-Pienso igual que tú -corroboró su amigo-. Fíjate si serán miserables, que a mí hasta me han llegado a echar en cara que nadie bautizaba ya a sus hijos con mi nombre, olvidándose de personajes como el conquistador Pánfilo de Narváez y varios italianos como el impresor Pánfilo Castaldi, el humanista Pánfilo Sasso o el pintor Pánfilo Nuvolone; cierto es que todos ellos vivieron entre los siglos XV y XVII, pero si se rigieran por los nombres que llevan los niños actuales, el resultado sería ridículo.

Hizo una pausa para recuperarse de su profunda irritación, y continuó:

-¿Y sabes lo peor de todo? No contentos con ello, tuvieron incluso la desfachatez de burlarse de mi nombre arguyendo que era sinónimo de tonto, cándido, bobalicón, excesivamente ingenuo o tardo en el obrar. ¡Serán miserables!

-Je, por ahí no me pudieron buscar las cosquillas puesto que mi nombre significa justo lo contrario, desembarazado y también pronto a obrar; pero en compensación me espetaron que su uso más conocido era en repostería con los huesos de san Expedito. ¿Te parece poca falta de respeto?

Pánfilo asintió silenciosamente al tiempo que preguntaba, tanto a Expedito como para sí mismo:

-¿Y qué podemos hacer nosotros? Porque eso de que tenemos que modernizarnos y competir con el resto del santoral, como si fueran nuestros rivales, para conseguir más comentarios favorables y valoraciones positivas que ellos, podrá quedar muy bien sobre el papel, pero dime tú como dos pobres mártires de principios del siglo IV podríamos adaptarnos a esas artimañas publicitarias del XXI... y eso que ninguno de los dos éramos precisamente tontos en nuestra vida mortal, yo fui un reputado escritor alabado incluso por san Jerónimo, y tú un notable militar; pero a mí, y supongo que también a ti, todos esos tutoriales que nos hicieron aprender me suenan literalmente a chino. Menuda ayuda.

-Pues ya andan por ahí algunos aprovechados que intentan vendernos presuntos métodos milagrosos -recalcó con sarcasmo Expedito- para poder escalar puestos en la valoración: ofertas dos por uno en milagros, *marketing* puerta a puerta, con lo mal vistas que están ahora las apariciones, telequinesis de imágenes en las iglesias, estigmas en las estampas y los grabados... desde mi punto de vista charlatanería pura.

-Tú aún podrías hacer que los huesos de san Expedito de una reputada pastelería sangraran, pongo por caso -ironizó Pánfilo-, pero ¿yo? Soy un simple santo olvidado, salvo en algunos santorales antiguos que ya nadie mira y acumulan polvo en las bibliotecas. En cualquier caso coincido contigo, no me fío lo más mínimo de esos embaucadores, ninguno de los cuales, al menos de los que conozco, se puede decir que tengan precisamente un brillante currículum religioso.

-Más serios me parecían los del Sindicato de Bienaventurados Celestiales cuya principal misión pregonaban que era la de defender los intereses de nuestro colectivo frente a discriminaciones injustificadas. El problema -comentó dubitativo rascándose el nimbo- es que, pese a que están todavía en fase de constitución, ya han empezado con las disensiones internas, que amenazan incluso con provocar escisiones. Están los que rechazan a quienes no sean mártires, o bien los que nos rechazan a nosotros arguyendo que fuimos unos privilegiados saltándonos todo el proceso de canonización. Otros arguyen criterios

cronológicos alegando que nada tenemos que ver los que vivimos en el imperio romano con los santos medievales, los barrocos o los contemporáneos, todos los cuales cuentan también con sus propias facciones igual de excluyentes; e incluso los más radicales, por fortuna muy pocos, propugnan una revolución para abolir lo que ellos denominan la dictadura angélica. En resumen, una jaula de grillos de la que no se puede esperar nada bueno.

-Pues sí que estamos apañados... ¡Cuidado! -exclamó Pánfilo haciendo un imperioso gesto a su amigo-. Por ahí viene el chivato. Sé de buena tinta que es un soplón del Servicio de Inteligencia Angélico.

-¿Quién...? -exclamó sorprendido éste-. ¡Ah, es Opropio! Un pelmazo, pero no sabía que fuera también chivato.

-Me lo dijo Tomás de Aquino, que suele estar bien informado. Ése sí que tenía motivos para ser expurgado; si a ti te tildan de falso mártir, a él deberían echarlo directamente a patadas, puesto que se sabe de sobra no sólo que nunca existió, sino que su *nacimiento* se debió a una calle madrileña que, por ser de propiedad particular, estaba rotulada como *Paso propio*; con el tiempo se fueron borrando las primeras letras quedado como *so propio*, y de ahí pasó a *S. Opropio*, es decir, san Opropio. El nombre de la calle se cambió al descubrirse mucho tiempo después el gazapo, pero el individuo aprovechó para aparecer por aquí colándosele al mismísimo san Pedro, que ya es mérito... y ahí lo tienes, más falso que un sestercio de madera y sin los problemas que nos afligen a nosotros, simplemente porque se lo supo montar bien a base de adular a los personajes adecuados.

-Y que lo digas, el cielo es para los advenedizos y los farsantes sin escrúpulos, mientras los santos honrados nos quedamos a verlas venir. ¡Quién iba a decirnos que incluso aquí camparían las injusticias!

-Por cierto -apremió Pánfilo-, no tengo el menor interés en que se nos pegue como una lapa, y me temo que ésa es precisamente su intención. Si no te importa, vámonos de aquí antes de que se nos acerque más, puesto que nada bueno podemos esperar de este fulano.

Así hicieron, levantándose y partiendo a toda prisa -las almas pueden viajar muy rápido cuando se lo proponen- dejando al recién llegado con dos palmos de narices virtuales. El cual, encogiéndose de hombros también virtuales, cambió de dirección en busca de algún otro incauto al que poder sonsacar. Presas, se dijo, no le faltarían, y siempre podría sacar de ellas alguna información útil. El trabajo de espía no le entusiasmaba, pero de alguna manera se tenía que ganar la vida eterna.

ESOTERISMO 2.0

Ante todo, buenos días y les presento mis disculpas por las molestias que les pudiera causar; soy consciente de que no es ni mucho menos normal que un fantasma se dirija a ustedes por internet, pero intentaré convencerles de que era necesario. Por favor, les ruego que no cierren todavía el enlace y les aseguro que esto que están leyendo no es publicidad engañosa ni ningún tipo de virus o programa dañino que pudiera perjudicarles en lo más mínimo, mientras para mí es sumamente importante hacer llegar mi mensaje al mayor número de personas posibles.

Si ustedes han seguido leyendo hasta aquí será señal de que han aceptado mis explicaciones, por lo que procuraré ser lo más breve posible. Como ya he apuntado soy un fantasma, es decir un alma desencarnada, un espíritu que tras el fallecimiento de su cuerpo mortal se ha quedado vagando en la interfase de los dos mundos, el suyo y el Más Allá que muchas religiones identifican con el cielo o bien con la dualidad de éste y el infierno en sus diferentes variantes. Y no, nada más lejos de nuestra intención que asustarlos, qué ganaríamos con ello, aunque es preciso reconocer que en ocasiones nuestros intentos de comunicación, entorpecidos por la dificultad de entrar en contacto con ustedes, pueden haberles provocado temores o angustias que somos los primeros en lamentar.

Porque nosotros no somos víctimas de ningún castigo ni de ninguna maldición, tal como siempre se han empeñado en proclamar en la literatura, el cine o la música, sino de algo tan prosaico y desesperante como la burocracia. Una burocracia, eso sí, tan aplastante que cualquiera de las que padecen ustedes es a su lado una mera anécdota. ¿Recuerdan la hilarante escena de la película Bitelchús, o Beetlejuice en su título original, en la que el fantasma protagonista aparece en una sala de espera, con un kilométrico número de orden, aguardando con desesperación su turno para poder pasar al Más Allá? Pues por sorprendente que parezca su director Tim Burton acertó de pleno en la descripción de lo que nos ocurre en el Tránsito, con la diferencia de que la realidad es infinitamente peor que lo que pergeñó su imaginación.

Y es que la insufrible parsimonia burocrática lleva desde hace milenios admitiendo con cuentagotas a todos los que nos agolpamos a sus puertas, lo que provoca unos atascos tan monumentales que el tiempo medio de espera en la tierra de nadie existente entre el universo mortal y el Más Allá es de varios siglos y cada vez se va incrementando más... salvo, claro está, que cuentes con un enchufe tal como se ha denunciado en multitud de ocasiones sin que sirviera de nada para erradicarlo.

Quizás pensarán ustedes que para un ser inmortal, como obviamente somos, el tiempo no importa nada, y de hecho ésta es la excusa que esgrimen los responsables del Servicio de Inmigración para justificar su ineptitud y su desidia, teniendo además el descaro de

echar la culpa a los desaforados índices de natalidad de los vivos cuando todo se debe a su cerril negativa a abrir más puntos de control de la inmigración que, por sorprendente que pueda parecer, siguen siendo los mismos que en tiempos de los neandertales. Pero a poco que reflexionen llegarán a la conclusión de que hasta un inmortal puede llegar a aburrirse mortalmente, discúlpenme el chascarrillo, después de tanto tiempo esperando sin tener absolutamente nada que hacer. Y de ahí a la desesperación tan sólo hay un paso.

He de advertir que este proceso de admisión nada tiene que ver con las religiones ni con los estereotipos propugnados por ellas de tipo cielo-infierno, premio-castigo o similares; de hecho ni siquiera sabemos lo que nos encontraremos en el Más Allá una vez que hayamos logrado entrar, ya que los celosos custodios de sus puertas siempre han rehusado darnos la más mínima información al respecto, mientras los afortunados que consiguen trasponer el Umbral tampoco se han molestado en volver para comunicárnosla. Así pues estamos tan a oscuras como ustedes, eso sí en el convencimiento de que, sea como sea, el Más Allá nunca podría ser peor que el limbo que estamos condenados a padecer, un infierno en realidad de manos de la inmisericorde burocracia que nos martiriza con su desdén.

Y aquí entro en escena yo. Me llamo, o me llamaba Alonso... bueno, entonces la gente del común, es decir, los plebeyos, no teníamos apellidos sino tan sólo un apodo, el Molinero en mi caso por ser ésta mi profesión; pero esto no es algo que tenga demasiada importancia. Nací en el siglo XIV de la era cristiana y, tras sobrevivir a la Peste Negra, por una ironía del destino mi vida mortal llegó a su fin en el año 1355 de Nuestro Señor a causa de una caída accidental desde un carro cuando procedía a descargar sacos cargados de grano.

Como buen cristiano que era fui enterrado en tierra santa, pero por ser pobre mis despojos no encontraron cobijo dentro de una iglesia sino en un cementerio anejo, donde no pararon demasiado tiempo ya que las necesidades de espacio para enterrar a los nuevos difuntos hicieron que mis pobres huesos fueran desenterrados y arrojados a un osario, en mezcolanza con los de otros muchos igual de desgraciados que yo.

Al llegar aquí he de hacer un receso para explicarles algo que no suele quedar demasiado claro a los mortales. Se suele decir que los fantasmas están ligados al lugar en el que fallecieron, o fueron enterrados, por unas ataduras tan intangibles como férreas, lo cual es cierto tan sólo parcialmente. Sí es verdad que nosotros, al no poder trasponer el Umbral del Más Allá, tendemos a aferrarnos a los escasos vínculos que nos atan a nuestro pasado mortal en un intento de no perder por completo nuestras referencias, pero esto es relativo ya que depende mucho del carácter particular de cada uno y del tiempo que haya pasado desde nuestra muerte ya que, como cabe suponer, estos lazos se van difuminando conforme pasan los años. Pero en realidad nada nos sujeta físicamente allí, salvo lo que en cierto modo podría considerarse algo similar a la morriña.

Yo no fui una excepción, y durante bastante tiempo vagué por el cementerio donde había sido enterrado por más que mis huesos estuvieran ya convertidos en polvo, lo que no quiere decir que no me moviera de un lado a otro movido no tanto por la curiosidad como por la inquietud; de no haber sido así, probablemente ahora ustedes no estarían leyendo esto.

Pero no nos adelantemos. Pasaron los años y los siglos, y mi turno para entrar en el Más Allá seguía sin llegar y sin indicios de que fuera a acaecer pronto, por lo que entre viaje y viaje al Servicio de Inmigración solía aprovechar para instruirme como mejor podía, algo que no pudo ser posible en mi vida mortal pero que ahora, dada mi naturaleza incorpórea, me resultaba relativamente fácil, sobre todo teniendo en cuenta que tiempo era precisamente lo que no me faltaba. Y, dado que siempre he sido un sentimental, de vez en cuando retornaba a mi lugar natal.

Mientras tanto, la pequeña ciudad en la que había nacido, vivido y fallecido había ido experimentando drásticos cambios, en ocasiones para bien y en otras no tanto. Mi antiguo cementerio acabó convirtiéndose en una huerta y así se mantuvo casi sin cambios hasta que, llegada una época de feroz desarrollismo urbanístico, se levantaron sobre él unos monstruosos edificios de nueve o diez plantas de altura, de forma que sobre mi antigua tumba se alzaban ahora unos sólidos cimientos.

Estos edificios eran viviendas de las conocidas como pisos, extendiéndose tanto en horizontal por cada planta como en vertical por las distintas plantas, una distribución sorprendente para mí -en mi época las únicas construcciones altas eran las torres de las iglesias y los palacios- pero que ustedes conocen mucho mejor que yo, puesto que son en los que habita buena parte de la población de las ciudades actuales.

Aunque no guardaba demasiada devoción por la parcela en la que fui enterrado y vi con indiferencia primero el abandono del cementerio y posteriormente su conversión en huerta, me desagradó sobremanera lo que consideré una profanación, máxime cuando las grandes excavadoras arrancaron a dentelladas y sin la menor consideración la tierra fertilizada por tantas generaciones de buenos cristianos. En realidad no fue esto lo que me movió a hacer lo que finalmente hice, al fin y al cabo no dejaba de ser una anécdota y mi vínculo con ella no podía ser más tenue, pero todo acabó desatándose tal como explicaré más adelante.

Mi intención era llamar la atención sobre el sempiterno problema que padecíamos frente al sistema de admisión, aparentemente insoluble dado que los funcionarios se limitaban a hacerse los tontos alegando que tan sólo cumplían con su trabajo.

Lo que callaban ladinamente era que carecíamos de un interlocutor válido al que dirigir nuestras reclamaciones, ya que los responsables del desaguisado se cuidaban mucho de dejarse ver y tampoco habilitaban una vía administrativa para hacerlo. En consecuencia,

tampoco lograríamos nada poniéndonos en huelga o manifestándonos a las puertas del Más Allá, dado el desinterés absoluto con el que nos trataban.

La primera idea que se me ocurrió, y así se la expuse a mis compañeros, fue la de organizar una campaña de apariciones masivas para comunicar a los mortales la situación en la que nos encontrábamos; no porque ustedes pudieran hacer nada por nosotros, que no podían, sino pensando que darnos a conocer de una manera insoslayable les escocería lo suficiente a los mandamases del otro lado forzándoles a adoptar medidas en nuestro beneficio, ya que como buenos políticos no les importaban lo más mínimo los problemas de los demás pero sí que sus trapacerías llegaran a ser de dominio público. Era una medida, lo reconozco, bastante arriesgada y sin garantías de resolverse a favor nuestro, pero no teníamos otra opción o al menos yo no fui capaz de imaginármela.

Para decepción mía ésta nació muerta, permítaseme el chiste fácil, ya que ninguno de los que contacté se mostró mínimamente interesado en ella; unos por apatía, otros por falta de coraje, otros porque creían ingenuamente que todo se acabaría arreglando... Por consiguiente me quedé solo y, tozudo como ya lo había sido en mi etapa mortal, decidí obrar por mí mismo sin necesidad de tener que dar cuentas a nadie.

Por consiguiente, me entrené para hacer justo lo que describen los relatos de fantasmas: aparecerme a los vivos. ¿Y dónde hacerlo mejor que en el edificio que se alzaba sobre mi antiguo camposanto? En su momento ésta me pareció una buena idea, así como una justicia poética poder matar dos pájaros de un tiro -de nuevo pido disculpas por el juego de palabras-: sacar adelante mi reivindicación y hacerlo justo en el lugar en el que yacieran mis huesos.

Huelga decir, vuelvo a repetirlo, nada más lejos de mi intención que asustar a nadie ni, mucho menos, espantarlos de sus casas. ¿Qué habría ganado con que el edificio se quedara vacío, si era éste el que me irritaba y no sus inocentes habitantes, que nada sabían del lugar sobre el que se alzaban sus viviendas? O todavía peor, si la presencia de un fantasma lo convertía en un atractivo turístico al estilo de los palacios ingleses, cuando no en objeto de mofa tal como le ocurrió a mi pobre colega protagonista muy a pesar suyo del relato de Oscar Wilde *El fantasma de Canterville*. No, yo tenía que actuar de una manera más sutil y a la vez más eficaz.

Para empezar, tenía que resolver un problema de índole estratégica. Por lo general las casas embrujadas se suelen imaginar como grandes mansiones, palacios o castillos, por cuyas estancias vaga el alma en pena de uno de sus moradores fallecido allí en circunstancias más o menos truculentas. Pero en mi caso se trataba de un edificio moderno de cerca de cien viviendas contando todos los portales, evidentemente sin el menor *glamour* esotérico. Asimismo sus habitantes eran variopintos y con una vida de lo más normal, por lo que siendo objetivos se trataba del lugar muy poco adecuado para mis intereses. Lo lógico, ahora soy consciente de ello, sería haber buscado otro escenario más

teatral, pero mi estúpido prurito me hizo mantenerme en mis trece, lo cual acabaría resultando un error.

Otra decisión que hube de tomar fue la de elegir entre irme apareciendo sucesivamente por varios domicilios de forma aleatoria o, por el contrario, elegir uno de ellos seleccionándolo de forma previa en función de sus circunstancias particulares; dada mi incorporeidad puedo moverme sin problemas por cualquier lugar que se me antoje sin barreras de ningún tipo y, esto es importante, sin ser visto por nadie a no ser que yo desee que sea así, lo cual facilitaba mi proyecto. Me convertí pues en un nuevo Diablo Cojuelo espiando casa tras casa para elegir a quienes considerara más idóneos para mis fines.

Mi plan consistía en aparecerme a ellos y transmitirles mi mensaje de queja por el maltrato y el abandono al que estábamos sometidos por parte de las autoridades del Más Allá. Existía, eso sí, un detalle que no podía ser pasado por alto: una aparición capaz de hacernos visibles a los mortales, aun cuando ésta sea de forma vaga y difuminada -generar un ectoplasma consistente tan sólo está al alcance de los más preparados- o incluso limitada únicamente a ruidos u otras manifestaciones no visuales, supone un esfuerzo considerable que, a causa de nuestra constitución inmaterial, nos resulta penoso. De hecho, para nosotros es el equivalente a correr ustedes una maratón, al obligarnos a consumir una considerable cantidad de energía, llamémosle feérica, que luego nos cuesta mucho esfuerzo y tiempo recuperar, ya que tras una aparición, sobre todo si no estamos suficientemente entrenados como era mi caso, acabamos completamente baldados por más que carezcamos de músculos y de cualquier otro tejido corporal.

Por lo tanto debía optimizar al máximo mis intervenciones, procurando establecer un contacto suficientemente estable como para poder informar del problema sin que ello me supusiera una tortura. Seguramente dirán ustedes que, aun convenciendo a mis involuntarios interlocutores, poco podría conseguir en una sociedad en la que cualquier tipo de fenómenos esotéricos, incluso los más inverosímiles, se ha convertido en un simple espectáculo cuando no un mero objeto de consumo más, resultando prácticamente imposible separar el grano de la paja; pero al menos quería intentarlo aun corriendo el riesgo de llamar la atención al primer charlatán que se me cruzara de los muchos que medran a costa de la ingenuidad y la buena fe de los mortales.

En aras de la brevedad obviaré todos los detalles previos que precedieron a mi puesta en escena, limitándome a relatar lo esencial. El piso que había elegido era uno de tantos del bloque, y estaba situado en una planta intermedia. Nada tenía de especial salvo que la familia residente, formada por un matrimonio de mediana edad y un niño pequeño, la había adquirido hacía relativamente poco a sus propietarios originales, por lo cual todavía no se había disipado del todo el halo de extrañeza que envuelve a una residencia recién ocupada. Además, y esto era importante para mis fines, resultaron estar moderadamente interesados en el esoterismo, ya que tanto un fanático de las mal llamadas ciencias ocultas como un

escéptico me habrían resultado muy poco útiles. Así pues, una vez elegido mi objetivo pasé a la fase siguiente de mi plan.

Como escenario opté por una habitación que no era usada por la familia aunque sí estaba amueblada, por lo que de vez en cuando entraban en ella. En un lugar tan prosaico como un anodino piso de un bloque de vecindad éste fue el único lugar mínimamente exótico que logré encontrar; no iba a hacerlo en el salón, el dormitorio o la cocina, ya que perdería todo su aura de misterio. Tras ultimar los detalles procedí a mi aparición teatral, preparada con todo cuidado... y fracasé estrepitosamente, puesto que ninguno de los dos adultos se apercibió lo más mínimo de mi presencia, fuera por su insensibilidad a los fenómenos paranormales, fuera por mi falta de experiencia en estas manifestaciones. Lo que sí apareció fue la fatiga energética a la que he hecho alusión, la cual me dejó completamente agotado.

No cedí en mi empeño, intentándolo varias veces más y en circunstancias que consideraba propicias, con idénticos resultados. Despechado, me había planteado tirar la toalla cuando me fijé en el niño. Como es sabido éstos son mucho más sensibles que los adultos, por lo que como último recurso le convertí en mi objetivo pese a ser consciente de que, dada su corta edad, sería incapaz de entender mi mensaje aunque lo recibiera. Pero no me quedaba otro remedio.

Aprovechando una de las pocas veces que el chico entraba en la habitación me materialicé emergiendo del suelo; no fue, lo reconozco, una entrada en escena demasiado espectacular, pero al carecer de un atrezo adecuado no se me ocurrió nada mejor, ya que la alternativa hubiera sido salir del interior del armario de Ikea.

En esta ocasión tuve éxito, puesto que el chaval me vio y se me quedó mirando fijamente mientras yo brotaba sin prisas de las baldosas de terrazo sin decir una palabra. Captada su atención intenté hablarle, pero en ese momento me fallaron las fuerzas y me desvanecí como un jirón de niebla ante los rayos de sol. Así pues, tan sólo había logrado advertir a la familia de la existencia de un fantasma en su propia casa.

Lo cual, vistas las circunstancias, no dejaba de ser un logro. El chico, una vez que desaparecí de su vista, salió de su ensimismamiento y, abandonando la habitación, corrió a decírselo a sus padres no de una forma tan precisa como lo hubiera hecho un adulto, pero sí lo suficiente como para ponerles en alerta.

Podían, evidentemente, creer lo que atropelladamente les contó su hijo, o bien pensar que había sido fruto de su imaginación; para ambas reacciones estaba preparado. Pero lo que no había previsto fue su reacción; tras deliberar entre ellos, optaron por cerrar la puerta de la habitación conminándole a que no volviera a entrar allí y, unos días más tarde, la madre fue a hablar con el capellán de una iglesia cercana.

Éste les suministró un frasquito de agua bendita sugiriéndoles que lo dejaran en el interior de la habitación para ahuyentar, eso dijo, a los posibles espíritus. Y así lo hicieron, lo cual colmó mi indignación. ¡Tratarme a mí, un cristiano viejo aunque, lo reconozco, últimamente un tanto descreído, como si fuera un demonio o un ente maligno! ¿Pero qué se habían creído? Tan sólo faltaba que hubieran llamado a un exorcista.

Vuelvo a hacer un inciso para insistir en que los fantasmas nada tenemos que ver con ninguna religión, con independencia de la que profesáramos en vida, ni por supuesto somos angélicos o demoníacos, sino seres normales dentro de lo que cabe. De hecho, entre los que nos encontramos a la espera de poder franquear el Umbral hay miembros de todas las confesiones que han existido sobre la Tierra, desde creyentes fervorosos a indiferentes recalcitrantes, así como idólatras, animistas, ateos, agnósticos, escépticos y cualquier otra categoría metafísica o teológica que se les pueda ocurrir. Así pues, tal comportamiento me resultó profundamente irritante. Tanto, que de manera involuntaria y sin saber cómo -¿a mí que me importaba ese agua, aunque estuviera bendecida?- la energía que liberé, equivalente a un berrinche de los de ustedes, enturbió el agua probablemente al obrar como catalizador de una reacción química entre sus moléculas y las sales que llevaba disueltas, incluyendo el hipoclorito de sodio añadido como desinfectante. En resumen no hubo nada de sobrenatural en este proceso, al menos desde mi punto de vista, pero sirvió para que, de forma involuntaria, lograra llamar su atención sobre mi existencia.

Lo cual, a la postre, tampoco sirvió de mucho. Sorprendidos por lo ocurrido, lo único que se les ocurrió fue llenar la habitación de absurdos amuletos y objetos presuntamente milagrosos comprados en una tienda esotérica, como si yo fuera susceptible de ser sometido a un ritual chamánico o a una ceremonia vudú. Evidentemente podría haber recurrido a mis recién descubiertos poderes telekinésicos para hacer alguna trastada a los ridículos objetos con que abarrotaron la habitación, pero de sobra sabía que era perder el tiempo. Hora era, pues, de reconocer mi fracaso.

Abandoné no sólo la habitación y la vivienda, sino también el edificio e incluso la ciudad. Me sentía tan humillado, que hasta mis amigos se sorprendieron por mi mal humor; pero como dicen ustedes el tiempo es algo que todo lo cura, y éste no me faltaba. Así pues, me cargué de paciencia esperando que pasara la crisis. Y por supuesto, mandé las apariciones a hacer gárgaras.

Ya más calmado, decidí abordar el problema cambiando de estrategia. Porque, huelga decirlo en el tiempo transcurrido los problemas de acceso al Más Allá no sólo no mejoraron sino que habían ido a peor, con los atascos en continuo aumento. Pero no quería fracasar de nuevo. Así pues, opté por olvidarme de la fantasmología clásica y apoyarme en las nuevas tecnologías, más concretamente en internet y las redes sociales.

Supongo que les sorprenderá que yo, en vida mortal un humilde ganapán analfabeto que malvivió poco más de tres décadas en plena Edad Media, hable con soltura de algo que

no existió hasta casi siete siglos después de mi época; pero si consideramos que durante el tiempo que llevo existiendo como fantasma he tenido tiempo de sobra para interesarme por todo lo acontecido desde entonces, no era cuestión de aburrirme mientras aguardaba a que se me permitiera franquear el Umbral, Por ello, no es de extrañar que yo acabara adquiriendo una formación, aunque autodidacta, superior a la que muchos de los mortales con más recursos logran alcanzar a lo largo de su vida.

Huelga decir que no soy el único en esta situación, por más que nos superen con creces aquéllos que, lejos de aprovechar esta oportunidad, llevan una vida post mortem, disculpen el contrasentido, tan anodina y vacía como la que tuvieron con anterioridad a su óbito, cosa por otro lado fácil de esperar cuando la incultura no les llegó impuesta por las circunstancias, como fue en mi caso, sino que fue voluntariamente elegida por ellos. Pero ésta es otra historia y allá cada cual con sus gustos e intereses.

Hecha esta aclaración, quizás se pregunten ustedes cómo alguien inmaterial podría ser capaz de utilizar internet aunque conociera la manera de hacerlo; no desde luego a través de un teclado, un ratón o una pantalla táctil. Aunque como creo haber comentado los fantasmas poseemos cierta capacidad telekinética, ésta no va más allá de mover un objeto de no demasiado peso o sostenerlo brevemente en el aire. Al fin y al cabo, por muy inmateriales que seamos nos siguen afectando las leyes de la física por más que sea de un modo diferente al de ustedes. Por lo tanto, pese a resultarnos posible pulsar una tecla o mover un ratón, jamás podría haber escrito un texto tan largo como el que están leyendo en un tiempo razonablemente corto, y además habría quedado completamente exhausto.

Pero si por un lado tenemos limitaciones, por otro gozamos de ciertas ventajas precisamente a causa de nuestra incorporeidad. Huyendo de explicaciones prolijas que yo tampoco entendería bien, la respuesta breve es que somos capaces de colarnos en las redes informáticas al estilo de lo que ocurre en las novelas de temática ciberpunk o en la serie cinematográfica Matrix, a modo de inteligencia artificial, virus informático o como prefieran llamarlo. Y no, no me atribuyan ningún mérito por ello: si lo conseguí fue simplemente a base de ensayo y error y mucha paciencia para repetirlo una y otra vez al estilo de los famosos monos que, puestos delante de una máquina de escribir, disponiendo de suficiente tiempo acabarían escribiendo el Quijote. A mí, justo es decirlo, no me llevó tanto, aunque sí bastante.

A partir de entonces todo resultó relativamente sencillo; me bastó dar con el servidor adecuado y hacer lo necesario -algún estropicio involuntario causé, pero no fue grave- para poder dirigirme a ustedes en los términos en los que lo estoy haciendo ahora.

Así pues, les ruego encarecidamente que divulguen este mensaje: Existe una vida después de la muerte y existe un lugar al que migramos las almas desencarnadas, pero por culpa de la ineptitud burocrática y el desinterés político somos cientos, quizás miles de millones, los que estamos esperando, en ocasiones desde hace siglos, a que nos llegue el

turno. Esto no es propaganda de ninguna religión ya que no sabemos lo que ocurrirá una vez hayamos franqueado el Umbral del Más Allá, pero les puedo asegurar con total certeza que en nuestro fantasmagórico mundo no existe el menor vestigio de ninguna de ellas.

Soy consciente de que ninguno de ustedes podría por separado, aun recurriendo a su mejor intención, revertir esta situación tan injusta y desagradable, pero si la verdad se difunde lo suficiente es probable que los políticos que están detrás de esta trapisonda se preocuparían por resolverlo aunque sólo fuera por preservar su imagen, al tiempo que podría servir también de acicate para que mis renuentes compañeros comenzaran a meter bulla de alguna manera, incluyendo el método tradicional de las apariciones.

Así pues, por favor, pásenlo y les doy las gracias por haberme prestado una atención que quizás no me mereciera, al tiempo que les pido disculpas una vez más por haber invadido la intimidad de su ordenador interfiriendo la tarea que estaban realizando. Si desean contactar conmigo, no lo duden; bastará con enviarme un correo electrónico a la dirección molinero@fantasmal.fant o bien visitando mi página personal <https://alonsoelmolinero.fant>. Prometo responder a todos los mensajes que me lleguen, aunque si son demasiados podría tardar algún tiempo.

Saludos cordiales desde el Más Acá.

Alonso (a) el Molinero.

QUIEN A HIERRO MATA...

Cuando Francisco Franco falleció el 20 de noviembre de 1975 fue al Infierno tal como era de esperar, para sorpresa suya sin que a la hora de la verdad de nada le sirviera su imagen pública de católico devoto.

Una vez allí el Servicio de Clasificación le remitió al Círculo de Dictadores, Tiranos y Asimilados, donde fue recibido por el jefe de sección correspondiente. Dado que, a diferencia de otras secciones, no solían ser demasiados los enviados allí, éste acostumbraba a hacer un recibimiento personalizado a los recién llegados, en reconocimiento tácito -no olvidemos que era un diablo- a la magnitud de sus crímenes.

Tras darle amablemente la bienvenida presentándose como el archidiablo Brulefel, procedió a describirle el lugar en el que estaría confinado durante toda la eternidad.

-Usted ha sido destinado a la Unidad 3-A, donde tendrá por compañeros a otros dictadores, tiranos y autócratas sanguinarios como Leopoldo II de Bélgica, el turco Enver Bajá, Hitler, Stalin, Mussolini, Tito, Ceaucescu, Mao Tse-Tung, Fidel Castro, varios dictadores africanos cuyos nombres siempre confundo, Pol Pot, Sadam Hussein y Bin Laden, entre otros.

-¡Un momento! -le interrumpió el ex-Caudillo-. Muchos de los que ha citado estaban vivos cuando yo fallecí, y ni siquiera sé quienes son esos dos con nombres moros. Debe tratarse de un error.

No, todo es correcto -sonrió el diablo exhalando un denso humo amarillo de forma simultánea por la nariz y las orejas, gesto con el que acostumbraba a amedrentar a los recién llegados, principalmente por el pestilente olor a azufre que exhalaba.

Es necesario advertir que en el Infierno, al ser los castigos de índole física, las almas de los condenados conservan la suficiente sensibilidad sensorial para poder sentirlos y padecerlos, convirtiendo su existencia en un sufrimiento continuo.

Hizo una pausa cambiando al verde del no menos desagradable cloro, y continuó:

-Puesto que aquí nos encontramos en la eternidad, es decir al margen del tiempo, éste no discurre de forma lineal tal como lo entienden los mortales. Así pues, tenemos como huéspedes a todos los condenados de su categoría que han existido, existen o existirán a lo largo de la historia, desde monarcas asirios hasta un ex-presidente norteamericano del siglo XXI y tiranos que todavía no habían nacido cuando usted falleció; pero por razones de organización no están revueltos sino clasificados en núcleos homogéneos en base a su contemporaneidad. Imagínese usted codeándose con Asurbanipal, Calígula, Atila, Gengis

Jan, Tamerlán, Vlad Tepes al que por cierto no le gusta nada que le llamen Drácula, Iván el Terrible, Enrique VIII de Inglaterra, su compatriota Fernando VII o Suvacris... bueno, este último vivió en el siglo XXIII, por lo cual no puede conocer nada de sus andanzas. Aunque aquí no hay barreras lingüísticas dado que tanto nosotros como los condenados hablamos el idioma primordial, sí existen diferencias culturales cuyos inconvenientes procuramos evitar, por lo cual al distribuir los grupos siempre buscamos que exista una razonable homogeneidad.

-Hay otra cosa que no entiendo -le interrumpió el ex-Generalísimo con su voz atiplada-. Varios de los que usted acaba de citar no eran cristianos, y yo creí encontrarme en el Infierno de mi religión...

-No le falta razón; por lo general cada religión se ocupa de sus propios condenados, al igual que se hace con los bienaventurados; es lo lógico que sea así, sobre todo teniendo en cuenta los distintos criterios de homologación que existen entre unas y otras hacen difíciles las extradiciones. Pero para determinados casos en los que las creencias respectivas no afectan a la valoración de los crímenes cometidos tenemos establecidos unos convenios de intercambio, para que me entienda una especie de Interinfierno, de modo que cada Infierno particular se ocupa de los condenados por una misma causa procedentes de todos ellos, mientras nuestros propios condenados por otras diferentes son enviados a los Infieros correspondientes. Y sí -le tranquilizó al tiempo que le echaba a la cara una vaharada de dióxido de nitrógeno de espectacular tono pardo-, estamos en el Infierno cristiano, aunque al igual que hago siempre le advierto que no se moleste en pedir una audiencia con Satanás, ya que no se la concederá por mucha importancia que pretenda arrogarse.

-Está bien -accedió el condenado fingiendo una humildad que estaba muy lejos de sentir-. Supongo que aquí no existirá el recurso de apelación...

-Supone usted bien -corroboró Brulefel rascándose distraídamente las puntas de los cuernos con su largo rabo-. Tal como no se lo permitió usted a sus víctimas. Pero no es mi deseo juzgarlo, ya lo ha sido y por eso está aquí, sino ponerle en antecedentes sobre su castigo. ¿Conoce usted los juegos de rol? Probablemente no; aunque ya existían en su época, no se hicieron populares en España hasta después de su muerte.

Ante el esperado gesto de extrañeza de su interlocutor, continuó:

-Podríamos definirlos como una especie de representación teatral en la que cada uno de los participantes asume un papel predeterminado, tras lo cual pasan a competir entre ellos. Se juegan en un tablero de forma similar a otros juegos de mesa tan populares como el parchís o la oca aunque con unas reglas mucho más complejas, dependiendo del azar y la estrategia la trayectoria de los competidores. También tenemos la variante de los videojuegos, pero ésta la reservamos para los que nos llegan de épocas posteriores a la suya ya familiarizados con ellos.

-Entonces -Franco estaba perplejo-, ¿me dice usted que me voy a pasar aquí toda la vida jugando con mis compañeros de reclusión?

-Bueno, en realidad no es exactamente así, sólo se trataba de un símil para intentar ponerle en situación -al llegar a este punto el taimado Brulefel acostumbraba a hacer brillar las membranas nictitantes de sus pupilas rasgadas como muestra de satisfacción-. No se trata de un juego tal como lo entiende usted, sino de una competición entre los treinta dictadores que forman parte de cada Unidad para hacerse con el poder, con el fin de sojuzgar a los veintinueve restantes. Y, esto es importante, no existen reglas de ningún tipo, todo está permitido y es cuestión de cada uno conseguir doblegar a sus rivales o bien verse sometido por otro de ellos.

-O sea, la ley de la selva.

-Puede entenderlo así, si lo prefiere; al fin y al cabo lo único de que se trata es de aplicar las habilidades que tuvieron en vida gracias a las cuales consiguieron someter a sus países o a sus colonias a unas dictaduras tiránicas y por lo general sanguinarias, cuando no los embarcaron en guerras. En realidad no tienen que hacer nada diferente de lo que les hicieron a sus desdichados súbditos, salvo que aquí, en lugar de enfrentarse a gente indefensa, tienen que hacerlo con otros tan capaces, por decirlo de alguna manera, como ellos mismos. Una vez que lo piense, incluso lo encontrará divertido.

El aludido no lo veía así, pero prefirió guardar silencio muy a su estilo. Claro está que su carcelero no estaba dispuesto a ponérselo fácil.

-¿Sabe? A diferencia de muchos otros de los que han acabado aquí, si algo tienen en común todos ustedes, además de una ambición de poder desmedida y una carencia total de escrúpulos, es su desinterés hacia otras tentaciones humanas tan comunes como las riquezas, el lujo o el sexo, aunque las toleren e incluso las fomenten en sus familiares o sus subordinados más próximos como premio a su lealtad incondicional. Quizás este desinterés no sea total, pero no suele influir demasiado en lo que realmente les motiva, el afán de disponer de los demás a su antojo por encima de sus voluntades e incluso en contra de ellas, no dudando en privarles hasta de su propia vida si ello les beneficia.

La emisión de gases fue ahora en forma de un espeso humo negro similar al emitido por el tubo de escape de un motor diésel desvencijado. Y el archidiablo no tuvo por menos que admirar la impasibilidad con la que su víctima aguantaba la maloliente humarada sin hacer el menor gesto de desagrado.

-Y eso es todo -concluyó-. O casi todo, puesto que al no existir reglas de ningún tipo y estar permitido el juego sucio, todo dependerá de su habilidad para resistirse al actual líder, que creo era Stalin, e incluso para imponerse a él. Normalmente se suelen crear alianzas tácticas entre varios de los vencidos para derrocar al dictador de turno, las cuales acaban

como es de suponer en luchas internas hasta que uno de ellos logra desembarazarse de los demás; pero resulta difícil saber como evolucionará el liderazgo ya que los cambios son continuos. Eso sí, le advierto que cualquier tipo de artimaña, hasta la más abyecta, está permitida incluida la tortura física hasta extremos que en su vida anterior resultarían mortales; pero aunque aquí, como cabe suponer, no puedan morir ni aun siendo víctimas de las mayores barbaridades, les dolerá exactamente igual. Aparte, claro está, de que reunir las partes desperdigadas de su cuerpo si es descuartizado o sus cenizas en caso de ser incinerado, pongo por ejemplo, le mantendría ocupados durante bastante tiempo. No le digo más puesto que sus compañeros, o rivales, protestarían ante mi falta de objetividad, pero ya aprenderá usted por sí mismo -y por la cuenta que le trae, añadió mentalmente-, y además a alguno de ellos ya le conocía usted personalmente, lo que le facilitará las cosas. En cuanto a los demás... tampoco es que sean tan diferentes, ya sabe eso de que no hay peor cuña que la de la misma madera.

Dicho lo cual, llamó a los celadores para que le condujeran a su destino. No se podía entretener mucho, se dijo aprovechando la soledad para estirar perezosamente las alas; todavía le quedaba por recibir a un par de dictadores sudamericanos, varios jefes tribales africanos, un caudillo vikingo y un emperador azteca, cada cual con su propia casuística. Realmente estaba resultando un día -era un decir- complicado, se dijo pensando con envidia en quienes se encargaban de los pecadores corrientes.

INFIERNO TERRENAL

Era un día como cualquier otro, con las mismas noticias buenas y malas de costumbre. Aparentemente nada iba a tener de especial con respecto a los anteriores cuando, de forma repentina y simultánea en todo el planeta, aconteció lo que nadie esperaba ni mucho menos había previsto: surgiendo de la nada, aparecieron millones y millones de personas desconocidas a lo largo y ancho de toda la superficie sólida de la Tierra, desde los continentes hasta la más minúscula isla oceánica.

Eran muchos, muchísimos: según estimaciones de su número, ya que resultaba imposible contarlos, alrededor de unos cien mil millones, más de diez veces la población total de la Tierra. Y ocupaban mucho espacio, pese a estar repartidos de forma homogénea tanto por los lugares habitados como por otros tan inhóspitos como los territorios polares incluida la Antártida, los desiertos más inclementes, los macizos montañosos más inaccesibles o las selvas vírgenes más impenetrables. Ni siquiera las laderas de los volcanes activos se vieron libres de su presencia.

Para mayor sorpresa todos iban completamente desnudos sin que al parecer les importara lo más mínimo ni les afectaran las inclemencias climáticas. Y, un detalle sorprendente más, constituían una mezcla de sexos, edades -aunque todos eran adultos- y razas, incluyendo aquéllas que no se correspondían con los rasgos anatómicos de los humanos actuales. Complicando todavía más las cosas, resultaron hablar en una infinidad de lenguas muchas de ellas desconocidas, lo que complicó y no poco la comunicación con ellos.

Aunque en realidad poco era lo que tenían que decir que pudiera ayudar a desvelar el enigma. Gracias a los que se expresaban en idiomas inteligibles se pudieron saber dos cosas: que procedían de diferentes épocas y lugares del pasado y que lo último que recordaban era el momento de su muerte, aunque con independencia de las circunstancias de ésta sus cuerpos se encontraban enteros y según todas las evidencias inverosímilmente sanos, conservando la apariencia que tuvieran en vida sin las enfermedades ni las mutilaciones -incluyendo aquéllos devorados por las fieras o por los propios humanos- que según ellos acabaron con su existencia mortal.

Otros dos descubrimientos contribuyeron a ahondar todavía más el enigma. Poco a poco se fue comprobando que los idiomas desconocidos de muchos de ellos correspondían a lenguas muertas habladas en tiempos pretéritos, cuando no remotos. Asimismo, los antropólogos remacharon la cuestión al descubrir que la procedencia de los recién llegados no se limitaba a épocas históricas, incluso las más remotas, sino hasta el mismo origen del Homo sapiens entre 200.000 y 165.000 años atrás, fechas que otros investigadores retrasaban aún más.

Todavía más sorprendente resultó constatar que estos aparecidos no sólo no experimentaban la menor molestia con independencia de que se encontraran en la Antártida o en mitad del desierto del Sahara, sino que tampoco estaban sujetos a la menor necesidad fisiológica, ni siquiera a las más fundamentales: no comían, no respiraban, no excretaban... pese a lo cual su vitalidad era la misma que cabía esperar de cualquier humano “normal”. Y también resultaban inmunes a todas las enfermedades, desde las triviales a las más peligrosas.

El colmo de la sorpresa llegó cuando se supo que aquéllos que sufrían algún accidente potencialmente mortal -o asesinato, que de todo hubo- se levantaban tranquilamente como si no les hubiera ocurrido nada, e incluso cuando su cuerpo quedaba destrozado éste se regeneraba en cuestión de minutos al estilo de los dibujos animados, recuperando su aspecto original ante los atónitos testigos.

Nadie era capaz de explicar lo que ocurría, y aunque los recién llegados eran por lo general pacíficos y no interferían, o intentaban no interferir con sus forzados anfitriones, el peso de su número y su continuo vagar sin objetivos de un sitio a otro, incluso descontando a los que ocupaban regiones inhóspitas o deshabitadas, provocaba inevitablemente trastornos y molestias de todo tipo ya que ocupaban prácticamente todo el espacio posible, lo cual se tradujo en un entorpecimiento primero y en la paralización después del complejo funcionamiento de los engranajes de la sociedad. En realidad no hacían nada malo ni consumían recursos; simplemente, estorbaban.

Fueron muchas las hipótesis que se plantearon para intentar explicar este inusitado fenómeno, todas las cuales acabaron siendo descartadas excepto una avalada por el sorprendente -si es que a esas alturas podía sorprender algo- descubrimiento de que entre ellos se encontraban personajes históricos todos los cuales tenían en común la circunstancia de que sus vidas no habían sido precisamente ejemplares: Calígula, Atila, Gengis Jan, Tamerlán, Iván el Terrible, Enrique VIII e Isabel I de Inglaterra, Fernando VII de España, Leopoldo II de Bélgica, Hitler, Stalin, Mao Tse Tung, Idi Amin, Pol Pot y muchos otros, mientras no se logró encontrar a nadie cuya biografía pudiera considerarse ejemplar. Ciertamente eran pocos los identificados, bien por razones meramente estadísticas -la inmensa mayoría de los aparecidos era gente anónima-, bien porque los más significados procuraban ocultarse y a los pertenecientes a épocas antiguas resultaba difícil descubrir; pero según todos los indicios entre ellos tan sólo se encontraban los *malos* -digámoslo así en aras de la simplicidad- o los no suficientemente buenos.

Hasta que alguien recordó una frase del mordaz escritor Charles Bukowski: “*Dante, colega, el infierno está aquí, ahora*”, postulando que la Tierra se había convertido en el infierno real, si ya no lo era antes, sobre cuyos castigos advertían muchas de las religiones más importantes, añadiendo incluso que las trompetas del Juicio Final ya habían sonado sin que nos hubiéramos llegado a enterar.

A esto replicaban los escépticos, esgrimiendo sus mismas armas dialécticas, que era difícil creer que los ocho mil millones de humanos vivos -obviamente excluían de esta categoría a todos los *visitantes*- estuvieran condenados al castigo eterno antes incluso de morir, lo que violaría la doctrina del libre albedrío. Esta discrepancia originó un encendido debate teológico entre unos y otros sin que, como cabía esperar, logaran ponerse de acuerdo.

Mientras tanto eran muchos los que, ajenos a esta polémica, seguían intentando encontrar una explicación racional, pero pese a que contaron con la ayuda de algunos destacados *resurrectos* -llamémosles así- incluyendo al mismísimo Isaac Newton, tampoco lograron el menor éxito. Hasta que...

Fueron otros dos nuevos enigmas los que vinieron a corroborar, de manera irrefutable, la teoría del infierno en la Tierra. Como era de suponer, los humanos *normales* siguieron viviendo, envejeciendo y falleciendo o bien fallecieron prematuramente por accidente o enfermedad; y si bien una parte de ellos fueron enterrados o incinerados, según las costumbres funerarias de sus respectivas culturas, sin la menor variación respecto a los viejos tiempos y por supuesto sin retornar del Más Allá, otros -en la práctica la mayoría-, por el contrario, resucitaban inmediatamente después de su muerte pasando a formar parte del ingente colectivo de los recién llegados y comportándose como ellos.

Por si fuera poco, una especie de epidemia por denominarla de alguna manera, ya que los científicos tampoco fueron capaces de explicar su naturaleza, provocó un colapso absoluto de la natalidad. Y si bien las mujeres embarazadas en el momento del tránsito siguieron adelante con el embarazo y dieron a luz en la fecha prevista, a partir de entonces tanto la totalidad de los hombres como de las mujeres dejaron de ser fértiles perdiendo la capacidad de engendrar nuevos seres. En consecuencia, nueve meses después de la llegada de los *visitantes* ni un solo niño volvió a nacer en todo el planeta, situación que pronto se reveló como irreversible para exasperación del colectivo médico.

En consecuencia, todos habrían de acabar forzados a admitir que la realidad respondía a la desdeñosa frase de Bukowski: La Tierra se había convertido no en un infierno sino en el Infierno, y sus habitantes, excepto aquellos *supervivientes* que a su muerte consiguieran salvar el filtro del juicio de sus actos, estarían condenados a permanecer en ella por toda la eternidad.

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

Petronilo Esmil despertó con el sobresalto, seguido de alivio, con los que suele poner fin una pesadilla. Valiente tontería, soñar que estaba muerto...

Pero... repentinamente le vino a la memoria una larga secuencia de recuerdos. El diagnóstico de un cáncer maligno, la intervención quirúrgica, los penosos tratamientos de quimio y radioterapia, las entradas y salidas cada vez más frecuentes en el hospital, la frustración de no haber sido posible derrotar a la enfermedad, la recaída definitiva, la sedación cada vez más intensa para paliar en lo posible los dolores del inevitable desenlace... y como colofón el inexorable fundido a negro de la muerte. Porque, y ahora era plenamente consciente de ello, era cierto que había fallecido en una fría habitación de hospital.

Entonces, ¿dónde estaba ahora? Petronilo siempre había sido tibio en cuestiones de religión y, aunque nunca se había considerado ateo o ni siquiera agnóstico, lo cierto era que no se había preocupado por la posible existencia de un Más Allá, convencido de que lo más sencillo de todo era que después de la extinción física no hubiera nada.

Pero aparentemente sí lo había, puesto que era consciente de su existencia... aunque no aquélla con la que estuviera familiarizado. Dando por supuesto que yacía en algún tipo de superficie intentó levantarse, descubriendo con sorpresa que se trataba de algo imposible por la evidente circunstancia de que según todos los indicios carecía de cuerpo capaz de obedecer sus órdenes.

¿Sería verdad, a pesar de todo, la existencia de un alma inmaterial capaz de sobrevivir a la extinción física? Porque pese a tan perturbadora sensación él sí se sentía, por más que fuera de una forma tan extraña.

Una voz vino a sacarle de sus reflexiones. Voz que no oyó por sus inexistentes oídos, sino que simplemente *sintió* aunque no por ello resultaba menos real a la par que amistosa.

-Bienvenido, Petronilo; estoy aquí para recibirte y ayudarte a superar el siempre complicado tránsito. No tienes nada que temer, estás entre amigos.

Abrió entonces los inexistentes *ojos*, descubriendo que se encontraba en un ámbito irreal en el que tan sólo existían *luces* de diferentes colores, las cuales componían una cambiante sinfonía cromática tan extraña como agradable.

A una de aquellas *luces*, que parecía vibrar de manera armónica, la identificó instintivamente, sin saber como, con su desconocido interlocutor.

-En efecto, soy yo -fue la respuesta supuestamente telepática de éste-. Atanael, para servirte. Seré tu tutor hasta que aprendas a valerte por ti mismo.

-¿Estoy... estoy en el cielo? -logró articular sin palabras.

-¡Oh, no! -respondió jovialmente éste-. Nos encontramos en lo que tú llamas el infierno; pero no te asustes, no es ni de lejos tal como te han contado. De hecho, has tenido la suerte de no caer allí.

-¿El infierno? -gimió mentalmente-. ¿Estoy condenado?

-¡En absoluto! -rió mentalmente el presunto demonio-. Aquí no castigamos a nadie. Simplemente no fuiste seleccionado por los otros, algo que para alguien como tú ha sido afortunado.

-No entiendo...

-No te preocupes, lo entenderás. ¿Conoces esa frase que afirma que la historia la escriben los vencedores? Pues esto es justo lo que nos ocurrió a nosotros. Tuvimos la desgracia de perder, lo que nos acarreó el sambenito de ser los malos de la película pese a que, paradójicamente, lo que os contaron como una rebelión fue en realidad una lucha desesperada en defensa de la libertad.

Petronilo estaba atónito.

-¿Quieres decir que los buenos sois los... -se interrumpió a tiempo- vosotros, y los malos ellos?

-Sí, somos los que vosotros conocéis como demonios -admitió Atanael-; y no te preocupes, para nosotros este término no tiene nada de peyorativo. Pero resultaría erróneo, o cuanto menos limitado, reducirlo todo a un problema de buenos y malos. La realidad, incluso la de aquí, siempre es más compleja y con muchos matices. Ahora bien, simplificando, desde nuestro punto de vista los malos serían ellos aunque, al habernos ganado, nos endosaron la leyenda negra que tú conoces; nada de excepcional hay en ello, en tu propio país un dictador sanguinario acusó de todos los males posibles a los responsables del gobierno democrático que contribuyó activamente a derribar, y no se trata en modo alguno de un caso único.

-¿Quieres decir que... -se le atragantó el nombre- no es como nos lo han contado?

-Propaganda, pura propaganda. Tampoco sería justo atribuirle una maldad absoluta; en realidad él está plenamente convencido de estarlo haciendo bien, al igual que nuestro líder Luzbel pensaba lo mismo cuando intentó derrocarlo. Pese a todo nuestra derrota no fue del todo negativa, ya que nos proporcionó una independencia merced a la cual pudimos crear

nuestro propio estado sin interferencias de ningún tipo. Nuestra relación con ellos es correcta, aunque distante, y no nos interferimos mutuamente, con lo cual todos salimos ganando.

-Me cuesta trabajo asimilarlo -musitó Petronilo-. Si éste no es un lugar de castigo, tal como llevan miles de años contándonos, ¿allí no es tampoco un lugar de gozo al que sólo pueden acceder los bienaventurados?

-Según como se mire -volvió a *sonreír* el demonio-. En realidad todos los que van allí se sienten gozosos puesto que la selección la hacen ellos y no nosotros, aceptando tan sólo a quienes siguen unos perfiles determinados; te puedes imaginar cuales son, y te aseguro que tú allí te aburrirías como una ostra, máxime cuando esa situación perduraría durante toda la eternidad. Por eso te dije que eras afortunado al haber caído aquí, donde sin duda encontrarás multitud de actividades que te resultarán satisfactorias, siempre a tu voluntad.

-Pero los malos... los malos de verdad, me refiero: asesinos, psicópatas, criminales, terroristas, genocidas...

-También los hay, por supuesto, y como te puedes imaginar tenemos que cargar con todos ellos porque allá no los quieren y nos los mandan pese a que nosotros tampoco... - Petronilo captó un parpadeo luminoso equivalente a un encogimiento de hombros- pero no te preocupes, no tropezarás con ellos. En realidad en su mayor parte son recuperables, en el fondo eran las primeras víctimas de su desgracia, y después de un tiempo más o menos largo de rehabilitación, y tiempo es precisamente lo que no nos falta, pueden incorporarse a la sociedad en igualdad de condiciones con el resto. En cuanto a los irreductibles... -*risita*- también nosotros tenemos nuestro infierno particular, un recinto aislado donde están confinados y donde, pese a nuestra inmerecida mala fama, no están sometidos a ningún tipo de castigo; no somos crueles, pero les impedimos abandonarlo para evitar que causen daños. Simplemente los dejamos tranquilos, y allá se la ventilen ellos mismos.

-Entonces...

-Ya te lo he dicho, lejos de ser un lugar de sádicos castigos eternos tal como imaginara Dante, el infierno es la tierra de la libertad. Y si ya te sientes con fuerzas te conduciré al Centro de Clasificación, donde te darán tus credenciales y te asignarán una residencia provisional hasta que te adaptes y puedas elegir por ti mismo; puedes estar seguro de que aquí encontrarás a gente muy interesante y que nadie te obligará a hacer nada en contra de tu voluntad.

Tras lo cual ambos abandonaron la sala de recepción.

EL VERANILLO DE SAN MIGUEL

En el amplio salón de *El dulce maná*, cuyo ambiente era habitualmente tranquilo, se estaba enconando una acalorada discusión.

-¡Ya está bien, Miguel, ya está bien! -exclamaba fogoso un bienaventurado vestido con ropajes toscos al tiempo que agitaba con vehemencia su grueso cayado.

-Isidro, no te excites -respondió el aludido, un atildado arcángel de impoluta túnica y esplendorosas alas-. Y por favor, deja en paz el bastón, acabarás dando un porrazo a alguien. ¿Te gustaría que yo hiciera lo mismo con la espada? Aunque sea de protocolo, puede hacer daño.

-¿Cómo quieres que no me excite? ¡Estoy harto de tus veranillos! ¿Me entiendes?

-Sí, te entiendo -respondió condescendiente el arcángel agitando delicadamente sus apéndices voladores-. Pero no es para tanto. Anda, te invito; os invito -rectificó dirigiéndose al resto de los reunidos en torno a la mesa-. ¡Noé, trae una botella, no, mejor dos, de ese gran reserva de la primera cosecha posdiluvio que guardas como oro en paño!

-¡Je! Esa cosecha se la bebió él solito para celebrar el final de su viaje, y así acabó -rezongó san Isidro-. A saber lo que hará pasar por ella.

-¡Cállate, que te va a oír! -le recriminó en voz baja la santa que se sentaba a su lado-. ¿No ves que ya viene? Y aunque no sea la cosecha del diluvio, seguro que es un buen vino. Si lo sabré yo...

-Claro, Marta, por supuesto que lo sabes -ironizó Isidro-. ¿Cómo no lo ibas a saber?

La conversación se interrumpió cuando el patriarca les sirvió lo solicitado, que como convinieron todos era un vino de excelente calidad desmintiendo a los maledicentes que le acusaban de *bautizarlo* con el agua, no precisamente bendita, que conservaba como recuerdo de su aventura.

Una vez que Noé hubo retornado tras la barra los contertulios reanudaron la discusión. Isidro, más calmado tras dar buena cuenta de un generoso vaso, se mostró más calmado, pero no más convencido. Eso sí, dejó el garrote apoyado en el respaldo de su silla.

-Dices que no es para tanto, pero no te das cuenta del perjuicio que tus veranillos causan a mis representados.

-¿Te refieres a los agricultores? Hombre, tampoco creo que les afecte mucho el retraso de unos días en las labores de recolección de las cosechas; al contrario, así evitan que unas lluvias prematuras las perjudiquen. Mucho más daño hacen las tormentas.

-¡No si ahora te meterás también conmigo! -exclamó la otra santa presente-. Y no salgas con eso de que nadie se acuerda de mí hasta que no truena, porque te suelto un rayo a ver qué tal te sienta. ¡Ah!, conste que estoy de acuerdo con Isidro, recuerda que además de los artilleros y los mineros también soy la patrona de los fabricantes de paraguas, que también tienen sus derechos.

-¡Violencias no, por favor! -medió el quinto presente alzando las manos en ademán de pedir calma-. Bárbara, tranquilízate, se supone que los santos debemos comportarnos con mesura.

-Para ti es fácil, Francisco, ya que eres tan pacífico que nunca tienes problemas con nadie -respondió Isidro todavía irritado-. Pero las artimañas de Miguel por prolongar el verano todos los años me tienen más que harto, y a Bárbara le ocurre lo mismo. Ya está bien de no respetar las estaciones, cuando llega el momento de que se acabe el verano, pues se acaba y listo; pero nada de veranillos tardíos colados a traición, yo no intento colarte ningún otoñillo adelantado. Está claro: doce meses, cuatro estaciones, tres meses por estación. Ni un día más y ni un día menos.

-Como bien dice el refrán -medió santa Marta-, nunca llueve a gusto de todos; y no, Bárbara, no es una indirecta. Si bien es cierto que un retraso en el final del calor y la llegada de las lluvias pudiera llegar a perjudicar a vuestros representados, también es cierto que es bienvenido por muchos otros, como mis propios protegidos; para la hostelería es una bendición que no llueva, y a los hoteles de playa les beneficia también el tiempo propio del veranillo de nuestro ilustre colega.

-Aparte -remachó el aludido- de que si hiciéramos una encuesta los partidarios del veranillo ganarían por goleada a los vuestros; a la mayoría de la gente le gusta el sol, no la lluvia, y esto es un hecho.

-Sin lluvia hay sequía, algo que se les olvida, además de otros perjuicios como calima, contaminación... Si nos dejáramos llevar por los caprichos de los mortales estaríamos listos -gruñó el santo madrileño amagando con asir de nuevo el báculo-. Se supone que tenemos que obrar con responsabilidad; luego con las sequías vienen las rogativas y las reprimendas de allá arriba. Y tú, Miguel, por tu rango, deberías ser uno de los más comprometidos.

-Isidro, insisto de nuevo -respondió conciliador el arcángel-; no es para tanto, mis veranillos que tanto te desagradan tan sólo duran unos pocos días. A primeros de octubre el bueno de Francisco suelta el cordonazo y se acabó la fiesta. ¿Tanto perjudica que el verano se alargue un pelín más?

-¡Oye, a mí no me metas! -saltó el seráfico estirándose el hábito como si hubiera sido cogido en falta-. En primer lugar no elegí el día de mi muerte, no como tú que te lo apropiaste alegremente. Y segundo, hay años en los que por mucho que sacuda el hábito ni te das por aludido.

-Ya no somos Isidro y yo los únicos que nos quejamos -rió santa Bárbara-; empezamos a estar en mayoría, y eso que el tímido de Medardo no ha abierto la boca -añadió señalando al silencioso obispo que se sentaba a su lado, sexto y último contertulio-; pero también está con nosotros, aunque poco conocido es uno de los más eficaces abogados contra la sequía.

Antes de que san Francisco pudiera abrir la boca para seguir defendiendo su neutralidad, se anticipó santa Marta en un intento de reconducir la situación.

-Tampoco veo tan difícil llegar a un acuerdo satisfactorio para todos. ¿Por qué no alternamos año sí y año no con el veranillo o sin él?

-Porque entonces los únicos beneficiados seríais vosotros -se apresuró a contraatacar san Isidro-. ¿Por qué no hacemos que los años sin veranillo se adelante el cordón otros tantos días? Eso sí sería equitativo.

El guirigay que se formó fue tal que los ocupantes de las mesas vecinas se volvieron para mirarlos al tiempo que Noé abandonaba con nerviosismo su parapeto presto a llamar a sus robustos hijos por si fuera necesario. Pero como cabía esperar en el reino de los bienaventurados la sangre no llegó al río, o mejor dicho a la nube.

Calmados los ánimos, pero imposibilitados para llegar a un consenso, ambos bandos se conformaron con firmar un precario armisticio celebrándolo con unas deliciosas raciones de maná que el atribulado Noé se apresuró a ofrecerles a cuenta de la casa. Finalizado el ágape, se despidieron y cada grupo se fue por su lado excepto san Francisco, que fiel a su deseo de imparcialidad deseó paz y bien a todos marchándose al monasterio que los franciscanos canonizados habían erigido en un sector poco habitado del Cielo, haciéndose la promesa de no volver a juntarse con ese grupito.

San Isidro y santa Bárbara deliberaban irritados, mientras el discreto san Medardo callaba.

-¡Te digo que los teníamos acorralados! -repetía una y otra vez el fogoso labrador a su compañera-. Pero no podemos fiarnos; son taimados, sobre todo el plumífero, y seguro que están tramando algo para seguir saliéndose con la suya.

-Yo no lo veo tan sencillo -respondió la santa de las tempestades-; en cualquier caso habría sido mejor si el pasmarote éste -señaló al callado obispo- hubiera ayudado algo. ¿Es que no tienes boca? -concluyó irritada.

-Habrá que fichar a algún protector de la lluvia más, aunque sólo lo conozcan en su pueblo. Medardo, ¿sabes de alguno?

-He oído hablar de un tal Switun o Suituno de Winchester -respondió el aludido con voz queda-, un anglosajón del siglo IX considerado por los ingleses el patrono de la meteorología. Puedo intentar localizarlo.

-Hazlo -suspiró Isidro no demasiado convencido.

Por su parte los miembros del otro bando tampoco estaban especialmente satisfechos.

-Me dijiste que sería pan comido -reprochaba santa Marta al arcángel san Miguel-, y casi se nos atraganta.

-Yo no esperaba que Francisco apareciera por allí -se excusó éste-, y tampoco sabía que habían fichado a ese obispo, aunque es tan poco conocido que poco refuerzo les supondrá.

-En cualquier caso no podemos fiarnos -insistió la patrona de los hosteleros-. Tenemos que fichar refuerzos. ¿No podrías recurrir a tus contactos arcangélicos?

-Me temo que no. Gabriel, Rafael y yo nunca nos hemos llevado bien, y Uriel, Azrael, Raziel y Sariel no cuentan porque son interinos. En cuanto a las demás jerarquías nada puedo hacer con los serafines, querubines y el resto de cargos superiores a mí en categoría, y con los ángeles tampoco podemos contar porque su colectivo está controlado por la burocracia y carecen de iniciativa propia.

-Pues habrá que buscar aliados hasta debajo de las nubes -insistió santa Marta-. Nos va mucho en ello.

-Ya lo sé -rezongó san Miguel-. ¿Te importa encargarte tú? -zanjó acogiéndose a los privilegios de la jerarquía para endosarle el marrón a su aliada-. Al fin y cabo, conoces a más gente aquí que yo. ¿Santos nacidos en países tropicales quizás? Podría ser una buena idea... ¡Ah!, no se te olvide avisar a Martín, su veranillo también nos puede ayudar aunque sólo sea para que rabien estos pelmazos. Se van a enterar de quien soy yo.

Su acompañante no lo veía tan claro, pero optó prudentemente por no manifestarlo.

Y continuaron, cabizbajos, su camino.

EL VERANILLO DE SAN MARTÍN

MARTÍN, ÉSTA ES UNA ADVERTENCIA

OLVÍDATE DE TU VERANILLO

SI LA IGNORAS

TE PODRÍA SALIR MUY CARO

TÚ NO ERES ARCÁNGEL COMO MIGUEL

NI CUENTAS CON SUS APOYOS

RESPETA EL OTOÑO

Y DEJA YA DE FASTIDIARNOS

CON VERANILLOS FUERA DE TEMPORADA

SOMOS MUCHOS QUIENES ESTAMOS

HARTOS DE TU VERANILLO

DÉJANOS TRANQUILOS

Y TODO IRÁ BIEN PARA TODOS

INCLUYÉNDOTE A TI

NO HABRÁ MÁS ADVERTENCIAS

ATENTE A LAS CONSECUENCIAS

SI PERSISTES EN TU ACTITUD

ES UN CONSEJO

DEL MCAV

(MOVIMIENTO CELESTIAL ANTIVERANILLOS)

HUELGA ANGELICAL

EL CORREO NACIONAL

Según indican las últimas estadísticas publicadas por el Ministerio de Sanidad, en los últimos meses se ha incrementado de forma inusitada la siniestralidad en nuestro país, sin que se pueda encontrar una explicación satisfactoria ya que ésta no se limita a un ámbito específico, afectando a la totalidad de posibles escenarios: accidentes de tráfico, laborales, domésticos, turísticos, deportivos, en transporte público, en la vía pública, intoxicaciones, atragantamientos, imprudencias, catástrofes naturales... a los que hay que sumar los suicidios, asimismo desatados.

Los expertos no logran ponerse de acuerdo a la hora de analizar las causas que puedan motivar esta inesperada tendencia, por lo que proponen todo tipo de métodos para afrontarla, al tiempo que recomiendan extremar las precauciones para intentar evitar sus consecuencias.

Tan sólo una voz, la del conocido divulgador de temas ocultos Crispulo Diosdado, ha llamado la atención sobre la llamativa circunstancia de que, según sus investigaciones, este súbito aumento de los accidentes afectaría exclusivamente a los cristianos, mientras que entre los pertenecientes a otras religiones los índices de siniestralidad seguirían manteniéndose en sus niveles habituales. Una polémica teoría rechazada de plano por quienes acusan a Diosdado de una carencia total de escrúpulos aprovechándose de la credulidad de sus seguidores, al tiempo que lamentan que alguien como él goce de más predicamento que cualquier experto riguroso y digno de confianza.

* * *

EL ECO CELESTIAL

Según nos comunica nuestro corresponsal en el Empíreo, han fracasado las negociaciones mantenidas entre el Sindicato de Ángeles de la Guarda y el Arcángel Miguel, como representante de la patronal, de cara a la desconvocatoria de la huelga mantenida por los primeros en reivindicación de mejoras salariales y laborales.

Al ser interrogado sobre las causas de esta falta de acuerdo, el portavoz del sindicato Hadraniel respondió que había llegado el momento de decir basta a la larga explotación a la que desde siempre habían estado sometidos, obligados a trabajar en condiciones penosas en el mundo de los mortales mientras otros holgaban cómodamente en las diferentes secciones celestiales, sin relevos de ningún tipo y con sueldos muy inferiores a los de éstos. “Por consiguiente”, añadió, “mientras no se homologuen nuestros salarios con los suyos y no se

establezcan turnos de rotación que permitan alternar los trabajos de campo con los administrativos de forma equitativa y universal, seguiremos adelante con la huelga”.

En lo que respecta a la patronal, el secretario de Miguel -éste ha rehusado respondernos pese a todos los intentos realizados-, Jegudiel, se ha limitado a remitirse al comunicado oficial ya conocido, el cual afirma que la estructura laboral del colectivo angélico quedó establecida hace eones y que, dada su naturaleza eterna, no resulta posible ninguna modificación del mismo.

Como puede comprobarse las posturas de ambas partes son completamente irreconciliables, lo que hace temer que el conflicto se mantenga por tiempo indefinido para perjuicio de los tutelados por los ángeles custodios, que ya han comenzado a sufrir las consecuencias de la ausencia de sus protectores. “Lo sentimos mucho por ellos”, ha manifestado un huelguista bajo condición de anonimato, “pero estamos dispuestos a llegar hasta el final ya que nos hemos cansado de ser rehenes de unas condiciones laborales que no elegimos”.

Asimismo, según un comentario atribuido a un miembro de la patronal cuyo nombre omitimos, éste habría comentado en privado que “si no están conformes, ya saben a donde tienen que ir para reunirse con aquéllos que les precedieron en el desacato a la autoridad”.

INFIERNO 2.0

A fuer de ser precisos, es necesario reconocer que Agatocles Mirmidón nunca fue una buena persona, al menos tal como se entiende habitualmente. Y aunque muchos de los que le conocieron, preguntados acerca de la opinión que tenían de él, se limitarían a dar respuestas educadas pero ambiguas, no faltarían quienes no dudaran en calificarlo como un mal bicho.

Porque Agatocles, carente por completo de escrúpulos, se había dedicado durante toda su vida a aprovecharse cuanto pudo de los demás, sin preocuparle lo más mínimo los daños que pudiera causarles en busca de su propio beneficio; y puesto que era realmente hábil en estos menesteres, y eran tales su ambición y su egoísmo, las víctimas que fue dejando atrás fueron numerosas y en ocasiones incluso graves, pese a lo cual jamás sintió el menor remordimiento de conciencia dado que también carecía de ésta.

Como cabe suponer su actitud ante la vida era tan cínica como despreocupada, siendo su única motivación el beneficio propio a costa de lo que fuera y limitado tan sólo por su capacidad para conseguir aquello que deseaba.

Con estos moldes tampoco sorprenderá que fuera un descreído no sólo en el ámbito religioso, al que consideraba emulando a Karl Marx una eficaz manera de controlar a los creyentes, sino también en cualquier ámbito ético o moral con independencia de su naturaleza.

Así pues, no creía en la existencia de una vida ultraterrena, convencido de que la muerte era tan sólo un fundido en negro tras el cual no existía absolutamente nada. Lo cual, dado que anulaba la posibilidad de un juicio póstumo con la consiguiente rendición de cuentas, tal como propugnaban no sólo el cristianismo sino también otras muchas religiones, le hacía sentir impune ante la ausencia de un castigo postrero al tiempo que reforzaba su falta de escrúpulos a la hora de sacar provecho de todo cuanto pudiera mientras permaneciera en este mundo.

Para su sorpresa, cuando llegó la hora de su muerte descubrió con inquietud que estaba equivocado, ya que su alma liberada de su cuerpo viajó allá donde fue juzgada sin que él pudiera impedirlo, con el veredicto que cabía esperar y del que tanto se había burlado: culpable, con el consiguiente castigo de destierro en el infierno por toda la eternidad.

En realidad no fue consciente de nada de aquello, es decir, no pasó por el equivalente a un juicio terrenal; simplemente lo supo, así como tuvo la certeza de cual sería su destino.

Y se encontró sentado en una silla en el interior de lo que parecía ser una amplia oficina, algo que no cuadraba con la idea que él tenía del infierno; porque por muy

descreído que hubiera sido, era hijo de una cultura y unas tradiciones que le habían transmitido su acervo, incluyendo las manifestaciones religiosas en ámbitos tales como la literatura, el arte o la cultura en general, de modo que muy a pesar suyo se habría esperado algo muy diferente a lo que se asemejaba mucho más a una aséptica dependencia oficial de atención al público que a la imaginativa concepción del infierno de Dante, que había leído en su infancia con una mezcla de morbosidad y fascinación.

Todavía sin salir de su asombro descubrió que frente a él se encontraba un joven de aspecto jovial ataviado con un atildado traje, interponiéndose entre ambos una mesa de despacho que en nada se diferenciaba de las de cualquier oficina incluyendo el ordenador de una conocida marca informática. A su alrededor, suficientemente separadas para prestar una razonable intimidad, otras mesas similares con sus correspondientes ocupantes atendían a otros tantos visitantes, si es que se les podía llamar así, mientras una suave música ambiental contribuía a crear una atmósfera regalada.

De su estupor vino a arrancarle su interlocutor saludándole con amabilidad.

-Bienvenido, señor Mirmidón. Soy el agente XB-403-AA5-90P, aunque mis amigos me llaman Óscar y le ruego que usted haga lo propio. Estoy aquí para servirle y atenderle en este difícil trance por el que todos nosotros tendremos que pasar tarde o temprano.

-¿Es usted un...? Porque estoy en el infierno, ¿no es así?

-Responderé por orden a sus preguntas -afirmó Óscar al tiempo que esbozaba una sonrisa-. No, no soy un demonio sino un empleado de Hell Resources Inc, una compañía filial de Afterlife Group encargada de gestionar los nuevos ingresos en el infierno cristiano, mientras nuestra matriz lo hace también en varios de los mundos de ultratumba de otras religiones; y en efecto, usted fue destinado aquí tras su fallecimiento.

-No entiendo nada... ¿dónde están los diablos? Esto no se parece en absoluto a lo que cabía esperar... incluso por los descreídos como yo.

-Comprendo su desorientación, es natural que se encuentre sorprendido dadas las circunstancias; han sido milenios presentándolos como monstruos horribles y depravados cuya única labor era torturar sádicamente a los condenados, y esto claro está ha creado un poso difícil de evitar incluso para las mentes más analíticas. Pero como es fácil de comprender esa imagen apocalíptica fue fruto tan sólo de la propaganda insidiosa orquestada por los de allí arriba -enfaticó su afirmación con un dedo señalando al techo- que nada tiene que ver con la realidad. Los mal llamados diablos, que en realidad sólo fueron unos ángeles disidentes, no es ya que no tengan esas formas entre terroríficas y grotescas reflejadas en los códigos medievales, es que ni siquiera poseen un cuerpo físico tal como lo entendemos; al igual que por idéntico motivo sus congéneres, los ángeles

sumisos, tampoco tienen forma de seres rubicundos con cabellera sedosa, una túnica blanca impoluta y unas esplendorosas alas emplumadas.

-Pero no están aquí... -porfió Agatocles.

-No, no están aquí. Durante milenios se vieron obligados muy a su pesar a gestionar el infierno, o mejor dicho la sección dedicada a los condenados; pero hace algún tiempo una sentencia judicial avaló el derecho a externalizar este servicio, por lo cual redactaron un pliego de condiciones y convocaron un concurso público para que una empresa privada pudiera encargarse de esta labor; nuestra oferta resultó ganadora -Óscar se mostró exultante- y aquí estamos, para atenderles lo mejor posible. En cuanto a los... diablos -se adelantó a la siguiente pregunta de Agatocles- ahora se dedican exclusivamente a sus cosas, sean éstas las que sean, desligados de la gestión carcelaria. Ellos transfieren a nuestra empresa los fondos estipulados en el contrato y todos contentos.

-No lo puedo creer.

-Es lógico; como le acabo de decir, se trata de unos prejuicios difíciles de erradicar. Pero créame que lo que le digo es cierto: ¿acaso esto -acompañó a sus palabras con un gesto que abarcaba a la totalidad de la vasta sala- se parece en algo a La Divina Comedia, a los códices medievales, a las pinturas de El Bosco, Bruegel, Pacher y tantos otros? ¿Nota algún olor a azufre u otro cualquiera todavía más nauseabundo, oye música satánica como El trino del Diablo de Tartini, Una noche en el Monte Pelado de Mussorsky, los valeses Mefisto de Listz o el Dies Irae de Verdi?

-No lo entiendo -porfió Agatocles-. Si yo soy un alma liberada de mi cuerpo mortal, ¿por qué tengo esta sensación tan material? -y asiendo del brazo a su interlocutor añadió- ¿Por qué le puedo tocar a usted, sentir la silla en la que estoy sentado y ver estas dependencias que en nada se diferencian de una delegación de Hacienda? Nunca he creído en el Más Allá, pero me lo hubiera imaginado como un lugar desolado por el que los fantasmas de los muertos vagan sin fin.

-Tiene razón... en parte -respondió Óscar-; ya le he dicho que habrá de librarse de todos los prejuicios que le han sido imbuidos a la humanidad durante milenios, y no sólo por la religión católica y sus coetáneas, sino también por otras muy anteriores. En realidad esto que ve y siente es una recreación para ayudarle a adaptarse al tránsito a su nueva vida; fue una de las innovaciones de mi empresa, ya que cuando la recepción estaba gestionada por los diablos, perdón, quería decir los ángeles disidentes, el choque que sufrían los recién llegados era considerable, algo que estimamos innecesario y perjudicial obrando en consecuencia. Por cierto esta imagen mía es también una recreación, un avatar de mi verdadero cuerpo que permanece yacente allá en el mundo mortal mientras yo me manifiesto aquí; esto no tiene nada de magia ni de religión, es pura tecnología.

-Entonces, ¿usted no está... muerto? -le interrumpió Agatocles.

-¡Oh, no! Para mí es una inmersión en esta interfase que actúa a modo de realidad virtual permitiéndome interaccionar con usted. Aunque -rió divertido- tarde o temprano me llegará la hora de ocupar su lugar, con la diferencia de que ya estaré prevenido.

Hizo una pausa y continuó:

-Volviendo a su pregunta, en lo que está equivocado es en suponer que una vez en su destino definitivo se encontrará convertido en un alma en pena en un recinto sombrío similar al inframundo descrito en la Odisea y en otros textos clásicos. Puede estar tranquilo, la realidad no tiene nada que ver con este deprimente escenario.

-¿Y los castigos a los condenados?

-¡Oh, olvídense también de la Divina Comedia! En el infierno nunca ha habido castigos físicos, ni antes de asumir nosotros de la gestión ni mucho menos después. Esto también forma parte de la leyenda negra. Si quiere, compárelo con una cárcel moderna; los internos están reclusos y sometidos a determinadas restricciones, pero nadie los tortura y mucho menos con ese grado de sadismo. De hecho, al menos en los países avanzados se les trata con respeto considerándose que la privación de libertad ya es suficiente castigo.

-Pero será para toda la eternidad... -objetó Agatocles.

-Eso sí, por supuesto, pero le aseguro que en cuanto se acostumbre podrá llevar una vida bastante satisfactoria. Al carecer de necesidades fisiológicas podrá dedicarse por completo al cultivo de su intelecto; y usted, que según reza en su ficha no carece de estas facultades, tendrá ocasión de relacionarse con personajes históricos de lo más interesante. Incluso, si me apura, le garantizo que podrá contar con mejor compañía que los aburridos de allá arriba -concluyó con una amplia sonrisa-, donde se siguen negando a aceptar nuestros servicios.

-¿Eso es todo?

-Casi. Tan sólo resta indicarle que ha sido destinado al sector general, el equivalente salvando las distancias a los presos comunes; es con diferencia el más agradable y tranquilo, puesto que los penados peligrosos tales como los asesinos, los psicópatas, los violadores o los terroristas cuentan con recintos propios aislados del resto. No es que pudieran causarle el menor daño en su nuevo estado por mucho que lo pretendieran, pero siempre resultarían molestos. Así pues, usted puede estar tranquilo y disfrutar de su nueva vida que, le aseguro, no le defraudará.

-Si usted lo dice... -Agatocles seguía sin estar convencido del todo.

-Lo podrá comprobar por usted mismo en breves momentos. Y ahora, si me lo permite, me despido, puesto que debo atender a otros recién llegados. Le deseo una feliz estancia, señor Mirmidón.

Dicho lo cual el difunto Agatocles se desvaneció camino de su destino eterno. Por su parte Óscar, o mejor dicho su avatar, tras suspirar pensando en lo que le quedaba todavía de jornada, se consoló pensando en que una vez retornado a su cuerpo podría concertar una cita con esa chica tan simpática que había conocido hacía unos días. Su trabajo no estaba mal y le pagaban francamente bien, pero en ocasiones podía resultar agobiante.

Una vez relajado, pulsó con el ratón el botón que le enviaría a un nuevo recién llegado.

AGRAVIO COMPARATIVO

EL ECO INFERNAL

De nuestro corresponsal Belfegor Ígneo.

Esta (...) ¹ a las π^e^{-3} (...) ² el encargado de negocios de la República entregó a la autoridad competente del Empíreo (recordamos a nuestros lectores que el cargo de embajador sigue vacante tras la ruptura de relaciones diplomáticas provocada por la injusta guerra que padecemos) una nota de protesta por lo que el Gobierno considera una grave e injustificada agresión a la dignidad de nuestro pueblo y de nuestros dirigentes.

Dado que he tenido acceso a una copia de la misma, la transcribo textualmente evitando tan sólo la habitual retórica diplomática en aras de la brevedad.

Behemoth Mefitieh, en calidad de Encargado de Negocios de la República Demoníaca Unida (en adelante RDU), cargo que le capacita como responsable legal para velar y defender sus derechos y propiedades allende su territorio, mediante el presente documento transmite a las autoridades del autodenominado Empíreo el profundo malestar existente en la RDU a causa del sostenido y continuado trato vejatorio al que viene siendo sometido desde tiempo inmemorial el pueblo demoníaco por sí o en la figura de su presidente honorario, el Excelentísimo Señor Lucifer.

La propaganda empírea, no satisfecha con reemplazar su nombre por burdos apodos denigrantes y peyorativos tales como Satán o Satanás, el Maligno, el Enemigo, el Cornudo, la Serpiente, el Dragón u otros de similar jaez, o a representarlo de manera grotesca e ignominiosa a modo de un monstruo horrendo, fue todavía más allá acuñando la figura de Miguel Arcángel, general de su ejército victorioso, aplastando de manera humillante a un derrotado Lucifer que yace inerte a sus pies, pese a la palmaria falsedad de esta burda iconografía.

No obstante, y en aras de mantener entre los dos estados unas relaciones de buena vecindad, la RDU siempre optó por hacer caso omiso a estas provocaciones, por lo demás ridículas. Pero desde hace algún tiempo, y por voluntad propia, el gobierno

¹ Intraducible. Probablemente una unidad de medida temporal utilizada en la eternidad (N del T).

empíreo recomendó a sus representantes ante los fieles que se suprimiera o al menos disimulara una iconografía similar, la de Santiago Matamoros pisoteando con su caballo a los enemigos de la religión, tanto por su patente anacronismo como por infundir una agresividad ajena por completo al verdadero espíritu de la religión, proponiendo reemplazarla por la mucho más humanitaria de Santiago Peregrino.

Huelga decir que el gobierno de la RDU apoya sin fisuras este espíritu conciliador, pero por idéntica razón y entendiendo que las antiguas disputas entre la RDU y el Empíreo pertenecen a un pasado remoto que nada tiene que ver con el presente actual, solicita al Empíreo que en el caso de Miguel Arcángel se obre de manera similar, reemplazando su figura vengadora por otras atribuciones suyas como las de defensor de los débiles, guardián de los lugares santos o juez de las almas de los difuntos, evitando así unas humillaciones tan innecesarias como intempestivas.

Consultada la oficina de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores del Empíreo sus responsables han declinado hacer cualquier tipo de declaraciones, remitiéndose a una futura respuesta oficial que por el momento no ha tenido lugar. Seguiremos informando.

² Id.

BUROCRACIA ETERNA

Barsanufio García despejó todas sus dudas sobre la existencia de la vida eterna justo en el momento de su fallecimiento. Y aunque no experimentó el consabido tránsito por el túnel con una luz brillante al final ni ninguna otra zarandaja por el estilo supo que él, o al menos su alma incorpórea, habían traspasado el umbral del Más Allá tal como le habían enseñado en su día, dicho sea de paso con escaso éxito, sus profesores de religión.

Pero donde apareció no era tampoco lo que él hubiera esperado de una recepción celestial o en su caso de su equivalente demoníaca, ya que se trataba de una prosaica cola frente a una hilera de ventanillas donde atendían por riguroso orden de llegada a sus integrantes... cola exasperantemente larga, tal como pudo apreciar merced a sus recién estrenados sentidos paranormales.

Aguzando la vista o lo que ahora la sustituía, algo que podía hacer con total facilidad como si sus ojos virtuales equivalieran a un potente objetivo fotográfico, descubrió que quienes se encontraban tras las ventanillas no podían ser otros que ángeles, ya que respondían punto por punto a la iconografía cristiana tradicional con su cabellera sedosa, la larga túnica de un blanco resplandeciente, el nimbo dorado en torno a la cabeza y, sobre todo, las majestuosas alas emplumadas que brotaban de su espalda. Tan sólo sus rostros, adustos y malencarados, desentonaban en su beatífica apariencia. Evidentemente, no parecían estar de buen humor.

Lo peor de todo era que la espera, como pudo comprobar comparando el avance de la cola con la longitud de ésta, iba para largo, aunque en compensación no echó en falta las necesidades fisiológicas de todo tipo que de estar vivo le hubieran complicado bastante más las cosas. Y si bien en su nueva condición de alma inmortal el tiempo dejaba de ser relevante cuando disponía de toda la eternidad no ocurría lo mismo con el aburrimiento, puesto que no llevaba consigo nada que pudiera ayudarle a combatirlo como por ejemplo un libro.

De hecho, como pudo comprobar no con sorpresa pero sí con curiosidad, no llevaba encima absolutamente nada, salvo una holgada túnica de color *transparente* idéntica a los atavíos del resto de sus compañeros de espera; y no, no se trataba de un dislate semántico como a primera vista pudiera parecer, sino de una realidad imposible de apreciar para unos ojos mortales puesto que el color de la túnica era realmente *transparente*, entendiendo como tal una ausencia total de color compatible con una opacidad que protegía el pudor de los portadores estos atavíos.

Lo cual -cuando se está aburrido siempre se acaba divagando sobre las cuestiones más peregrinas- le planteó una duda: ¿mantendría el sexo en su actual estado? Por lo que podía

apreciar en sus compañeros de cola éstos conservaban los rasgos faciales que aparentemente habían tenido en vida aunque rejuvenecidos, ya que todos -y todas- ellos semejaban contar con alrededor de unos treinta y cinco o cuarenta años. Pero las amplias túnicas que vestían impedían apreciar las formas físicas ocultando el resto del cuerpo desde el cuello hasta los pies, descalzos por supuesto, y con la suya ocurría exactamente lo mismo.

Además, aunque su nuevo cuerpo -llamémosle así pese a su incorporeidad- respondía con docilidad a las órdenes de su cerebro, no notaba en absoluto esas sensaciones internas -el sentido interoceptivo de los biólogos- que avisan a los mortales del funcionamiento interno de sus órganos. En resumen, no notaba nada allá abajo ni en realidad en ninguna otra parte cubierta de su cuerpo; y si bien le hubiera gustado comprobarlo, tal como le advirtió el sentido común no era cuestión de levantarse la túnica en público, ni tan siquiera de palparse, para comprobar si *aquello* seguía estando en su sitio.

Pero fue otra cuestión más inmediata la que recabó su interés. Fijándose en lo que ocurría a quienes llegaban a las ventanillas descubrió algo curioso: Tras dialogar con su interlocutor angélico -al parecer su nuevo sentido del oído no era tan agudo como su visión, por lo cual no pudo oír lo que decían-, éste hojeaba un grueso volumen encuadernado en pergamino y, una vez hallado lo que buscaba, la túnica del interrogado cambiaba de color.

En algunas -pocas- ocasiones el color *transparente* mutaba en azul celeste, tras lo cual un nimbo dorado brotaba en la cabeza del bienaventurado y éste comenzaba a levitar elevándose del suelo hasta desaparecer entre la bruma que oficiaba de techo.

Con mayor frecuencia el color asignado resultaba ser un amarillo dorado. En estos casos en lugar del nimbo se abría una puerta a sus espaldas donde no existía muro alguno y era enviado allí, cerrándose el inmaterial umbral una vez que éste lo había traspasado.

Por último podía ocurrir que el postulante fuera marcado con un color rojo fuego, lo que acarrearía la apertura a sus pies de un foso que se tragaba al infortunado ante la impasibilidad del ángel burócrata que le había atendido.

“Está claro -se dijo Barsanufio-, me encuentro ante el juicio en el que se decidirá si me corresponde ir al cielo, al purgatorio o al infierno... la verdad es que hubiera esperado un sistema más espiritual”.

Y encogiéndose inmaterialmente de hombros dado que ignoraba cual pudiera ser su sentencia, volvió a prestar atención a la fila, que había avanzado unos metros abriéndose una brecha entre su predecesor y él.

Pasado un tiempo imposible de medir en un lugar en el que este parámetro físico no existía, pero sin duda largo a juzgar por la magnitud de la cola y el lento avance de la misma, Barnasufio llegó finalmente a su destino descubriendo con desagrado que bastantes

de las ventanillas estaban vacías e incluso, al llegar frente a una de ellas, cómo su ocupante la cerraba delante de sus narices desplegando las alas y remontando majestuosamente el vuelo sin explicaciones y sin que ningún otro compañero suyo lo reemplazara.

Por fortuna la ventanilla vecina quedó libre tras la sentencia a su infortunado predecesor: roja, lo que suponía su condena eterna a los castigos infernales. Pero a él no le interesaba lo que le pudiera suceder a ese desconocido con el que no había cruzado ni una sola palabra, sino su propio destino.

Colocándose con aprensión en el lugar que ocupara éste antes de ser tragado por el foso, dirigió una muda pregunta al hierático rostro de su interlocutor.

-Nombre y apellidos -inquirió éste con una sequedad carente de la más mínima empatía.

-Barsa... -titubeó- Barsanufio García.

-El segundo apellido está para algo -le recriminó el agriado ángel-. Tenemos millones de Garcías y centenares de tomos dedicados a este apellido, por lo que no podemos perder tiempo buscándolos uno a uno.

Tentado estuvo de responderle que podría haber muchos Garcías pero dudaba que abundaran los Barsanufios, malhadado capricho de sus padres que, no contentos con ponerle el nombre del santo de su día natal, se empeñaron en buscar el más estrambótico de todos; pero viendo la cara de malas pulgas del burócrata angélico, más lo primero que lo segundo, respondió abochornado:

-Zurullo -al menos en esto no tenía culpa su madre-. Barsanufio García Zurullo.

-Está bien -rezongó el funcionario abriendo el grueso tomo que se había materializado en sus manos-. García Zorita, García Zósimo, García Zorrilla, García Zulema, García Zumaque, García Zurcido, García Zúster...

Con un gesto de disgusto exclamó:

-No aparece en el listado.

-¿Cómo puede ser eso? -exclamó Barsanufio-. Se supone que estoy muerto, y por consiguiente debería ser juzgado.

-Así es -bufó el ángel rascándose dubitativo el nimbo con la punta del ala-. De no estarlo, no se encontraría usted aquí. Pero por la razón que sea los inútiles de Recepción le pasaron por alto. Ha sucedido en más ocasiones, pero por más que protestamos los de arriba no nos hacen ni puñetero caso.

-Entonces...

-Lo lamento, pero no puedo hacer nada dado que según nuestros registros usted no existe. Pero no se preocupe, esto tiene solución. Espere un momento.

Y pulsando un botón oculto a la vista de Barsanufio transmutó el color *transparente* de su túnica a un morado nazareno.

-¿Qué significa esto? -gimió compungido el difunto-. ¿Me han convertido en un penitente?

-¡Oh, no! Es tan sólo un código convencional de colores. Significa que tendrán que revisar su ficha de entrada e incluirle en los listados para que pueda volver aquí y le sea asignado su destino. No se preocupe, no llevará más de cien o ciento cincuenta años de los suyos. Vaya por allí.

Le indicó, señalándole una puerta que se había abierto a sus espaldas. Y viendo que se mantenía indeciso, le apremió:

-¡Váyase ya! ¿No ve toda la cola que hay esperando? No tengo toda la eternidad para atenderlos, y todavía no he tenido ni un momento para tomarme el maná...

Obedeció, apabullado, franqueando el umbral que se cerró tras él.

Ahora se encontraba en otro recinto similar, más reducido y con menor afluencia de visitantes -no habría más allá de unos pocos miles-, todos ellos ataviados con túnicas moradas o violetas en unas tonalidades que variaban desde el malva claro al morado oscuro.

“Sólo faltan el paso y los capirote para organizar una procesión”. Pensó, aunque se arrepintió de manera inmediata; allí las paredes, aun inexistentes, podían oír lo que quizás consideraran una irreverencia.

Así pues, borró inmediatamente esta idea de su mente sustituyéndola por otra menos comprometida:

“Supongo que cada tono de color tendrá que ver con nuestros problemas particulares”.

Debía serlo, pues en la parte superior de las ventanillas se encendían unas luces coincidentes con el color de alguna de las túnicas.

-¡Vaya usted, hombre! ¿No ven que le están llamando? -le espetó un individuo ataviado de púrpura señalándole una de ellas-. Como pierda el turno le dejarán para el final.

Atolondrado miró hacia donde éste le indicaba, apresurándose a ir allí dado que la luz había empezado a parpadear en ominoso gesto de impaciencia.

-Buenos días -saludó educadamente-. Yo venía a...

-¿Belisario García Capullo? -le interrumpió con sequedad el ángel atrincherado tras la ventanilla.

-Yo... no. Me llamo Barsanufio García... -titubeó- Zurullo.

-¡Hum! -fue la burocrática respuesta-. ¿Fecha y lugar de nacimiento de su vida mortal?

-Once de abril de mil novecientos... en Valdemingómez del Río, provincia de...

-Es suficiente, ya veo en qué ha consistido el error. Y como siempre, por culpa de los dichos copistas medievales. ¿A quién se le ocurre contratar a unos monjes cluniacenses a los que en el momento que les sacas de la minúscula carolingia transcriben lo primero que se les ocurre? Mira que lo advertimos, pero como quien oye llover. Vete a saber los chanchullos que habrá por medio. Pero, claro está, los marrones siempre nos los comemos nosotros.

Barsanufio no sentía el menor interés por la perorata, pero no se atrevía a interrumpirle por si acaso. Cuando finalmente el ángel cesó en su expansión verborreica, se atrevió a preguntar:

-Entonces, ¿está todo solucionado?

La respuesta le cayó como un jarro de agua fría.

-En lo que respecta a nosotros sí. Pero si se refiere a si puede volver al negociado de Clasificación, me temo que todavía no. Estamos es Revisión, y tenga en cuenta que lo que yo he hecho ha sido identificar el error y anotar el nombre que usted me ha proporcionado; ahora le corresponde a Verificación comprobar que su información sea correcta. Dicho con otras palabras, yo certifico que usted niega ser Belisario García Capullo y afirma que su nombre real es Barsanufio García Zurullo, coincidiendo en ambos casos fecha y lugar de nacimiento; pero entre mis competencias no figura la de poder certificar que su afirmación sea cierta, amén de que desconozco si el presunto Belisario García Capullo se ha presentado o no en Clasificación como es preceptivo. Como verá, tenemos que seguir los protocolos.

-Entonces -repitió-, ¿qué tengo que hacer ahora?

-No se preocupe, es sencillo. Ir a la sección de Viajeros en Tránsito, mal conocida como el Limbo, y esperar a que se tramite el expediente que acabo de abrir. Es por allí.

Y le señaló la oportuna puerta abierta en mitad de la nada.

Se dirigía a ella con decisión cuando su interlocutor le increpó con severidad.

-¿Dónde va usted?

-Al sitio que usted me dijo... -respondió dócilmente Barsanufio.

-Sí, claro, pero no así. ¿No se da cuenta de que todavía no he cambiado el color de su túnica? Podría estar esperando hasta que se helara el infierno -y se santiguó, por si acaso.

Pulsó el consabido botón oculto y la túnica de Barsanufio cambió a un suave color beige.

-Ahora sí, ya puede marcharse.

Mascullando un saludo, así lo hizo.

El umbral comunicaba en esta ocasión con un recinto similar provisto de una hilera con media docena de ventanillas de las cuales tan sólo una estaba ocupada, permaneciendo el resto vacías. En compensación no había nadie haciendo cola, aunque sí vio a numerosas personas, o mejor dicho almas, dispersas por el amplio espacio, algunas de ellas sentadas en sillones con forma de nube -o quizás nubes que oficiaban de sillones-, paseando, o bien formando pequeños grupos que charlaban o jugaban a juegos desconocidos, todas ellas bajo la marca indeleble de la ociosidad. Le llamó asimismo la atención la variedad cromática de sus túnicas incluyendo algunas con colores que nunca había visto en su vida mortal, probablemente por encontrarse fuera del rango de visión del ojo humano.

Se dirigió a la ventanilla justo cuando el ángel que estaba sentado en ella se levantaba con la clara intención de marcharse, lo cual provocó en él un fruncimiento del ceño que nada bueno presagiaba. Pero a esas alturas el baqueteado Barsanufio tenía poco que perder, así que no se arredró ante un posible rechazo.

Su interlocutor, pese a su evidente desagrado, interrumpió el gesto y volvió a sentarse al tiempo que le preguntaba en tono seco pero educado qué deseaba, no sin antes fijar su atención en la túnica. En realidad no era necesario puesto que sólo con apreciar el color le bastó para saberlo, pero los burócratas siempre han tenido a gala seguir y hacer seguir a rajatabla los procedimientos estipulados sin excepción alguna.

Escuchó impasible lo que Barsanufio le explicaba y, una vez hubo terminado éste, le respondió:

-Le han informado correctamente. Ésta no es una sección ejecutiva, ni tramitamos expedientes. Simplemente es un lugar de espera para todos aquellos que por la razón que sea no cuentan con la documentación en regla mientras sus expedientes no sean tramitados

y en casos como el que parece ser el suyo -enfaticó el *parece*- hasta que se haya subsanado el error. Por lo tanto, usted tendrá que esperar hasta que se le comuniquen la resolución del proceso. Nosotros solamente ejercemos una labor de información a los recién llegados y, como puede comprobar, andamos tan escasos de personal que no podemos entretenernos demasiado.

Viendo su gesto de desconsuelo, añadió:

-Pero no se preocupe por ello, en cuanto se adapte se encontrará cómodo y no tendrá que hacer nada, salvo relacionarse con sus compañeros si es su deseo, hasta que llegue el momento.

-¿No puede explicarme cómo será el proceso hasta la resolución de mi expediente, y qué ocurrirá entonces?

-Bien -suspiró el ángel-, tenemos la suerte de que detrás de usted no ha llegado nadie y que a mí me queda todavía media -pronunció una palabra ininteligible e imposible de ajustar a la escala temporal humana- para el final de mi jornada, siempre claro está que no aparezca alguien y nos interrumpa; pero no lo creo probable, porque en Revisión es ahora la pausa del maná y no atienden al público.

Hizo una pausa y continuó:

-Tal como indica el color de su túnica, supongo que de esto ya le habrán informado en Revisión, el expediente tendrá que pasar por Verificación para comprobar que su declaración es veraz y usted es realmente quien afirma ser. Si la verificación es positiva, como todo parece indicar, será remitido a Control Central para que éste dé el visto bueno y remita a la Sección Estadística el oficio de corrección correspondiente, tras lo cual una vez informado Control Central éste solicitará al archinegociado de Supervisión que se dé por enterado y autorice su reenvío a Clasificación, conocido por nosotros como el Semáforo -rió su propio chiste-, para que una vez subsanado el error usted pueda ser destinado al lugar que le corresponda conforme a sus antecedentes. Así de sencillo, y usted ni siquiera tendrá que estar pendiente de ello; bastará con que su túnica se torne de color verde esmeralda para saber que su petición ha sido aceptada.

-¿Tardará mucho en resolverse?

-Eso no es fácil de evaluar, tenga en cuenta que influyen diversos factores. Como ya le he dicho padecemos una escasez de personal en toda la Dirección General que está retrasando mucho las tramitaciones, a lo que se suman la huelga de los agentes verificadores y la implementación informática de la intranet celestial, que está dando bastantes problemas y nos obliga, tal como habrá podido comprobar, a seguir utilizando los métodos tradicionales pese a que el número de nuevos ingresos se ha incrementado exponencialmente.

-¡Ah, se me olvidaba! -añadió sumando una nueva losa al lastre de la desesperación de Barsanufio-. Esto, claro está, siempre que no intervenga el Servicio de Inspección Celestial; no solían hacerlo pero últimamente están en plan de tirarnos de las alas, así que no se sabe si no les dará por meter las narices en los expedientes en trámite.

-¿Quiénes son esos?

-Inspectores, por no decir inquisidores -bufó el ángel-. Su misión es comprobar que todos los que entran aquí son católicos o de las otras ramas cristianas homologadas. Existe un acuerdo de mutuo respeto con las principales religiones que suele ser respetado por éstas, pero de un tiempo a esta parte se han detectado llegadas de individuos procedentes de sectas o de falsas conversiones, e incluso se sospecha que una de las signatarias del acuerdo ha procedido a infiltrar agentes no se sabe con qué fin, pero en cualquier caso se trata de una violación de nuestras fronteras que es preciso atajar. Nosotros estamos convencidos de que no es para tanto y que con los controles habituales basta, pero dígaselo a los polizontes.

-Entonces, ¿todos ellos -barrió con un gesto de la mano el recinto- están aquí en la misma situación que yo?

-No necesariamente -el ángel, olvidada su intención original de poner tierra por medio, había encontrado al parecer un interlocutor con el que combatir el aburrimiento-; sólo los que llevan una túnica de su mismo color o de una tonalidad parecida; pero ahora, por lo que veo, no hay ninguno. El resto corresponde a una variada serie de circunstancias: inmigrantes ilegales; perseguidos por otras religiones sobre los que pueden pesar o no peticiones de extradición; apátridas religiosos; condenados al Purgatorio que han apelado contra su asignación; solicitantes de asilo huidos del infierno; presuntos criptocristianos cuya condición ha de ser comprobada; herejes arrepentidos que pudieran ser relapsos; apóstatas, agnósticos y ateos que renegaron de su error en artículo mortis y también han de ser investigados... como puede comprobar la casuística es muy variada, pero en general se trata de gente tranquila que no suele crear problemas y con quienes seguramente podrá hacer buenas migas para matar la espera.

-¿Qué ocurriría si se resolviera negativamente mi expediente? -cortó Barsanufio deseoso de ir al grano.

-Dado que usted no entra en ninguno de estos supuestos y su caso se debe presuntamente a un error administrativo ajeno a su responsabilidad, no debería haber problemas... salvo los causados por los posibles retrasos, como ya le expliqué. Y si los hubiera, que nunca se sabe... bien, usted podría apelar, pero mientras tanto estaría obligado a permanecer aquí.

-¿Por cuanto tiempo?

-Eso no se puede saber, depende mucho de las circunstancias, pero insisto en que puede haber mucha variación tanto en un sentido como en el otro. Es mejor que no se obsesione con ello.

-Si lo llego a saber, me quedo allá abajo -rezongó mordaz, más para sí que para su interlocutor.

Pero éste, para su sorpresa, recogió el guante.

-Conforme a la normativa vigente cualquiera llegado aquí puede solicitar, siempre que no haya sido clasificado de forma definitiva tal como es su caso, ser devuelto al lugar donde ocurrió su fallecimiento; pero en ningún caso reencarnándose en su cuerpo mortal o en ningún otro, ya que eso supondría una resurrección y ésta está completamente prohibida sin excepciones de ningún tipo.

-¿Qué significa esto? -preguntó Barsanufio escamado.

-Sencillamente que se convertiría en un alma en pena condenada a vagar por el mundo arrastrando su no existencia por toda la eternidad; éste es el origen de los fantasmas que tanto han intrigado siempre a los mortales. Si usted lo desea bastará con que lo solicite y se le concederá de oficio, pero su decisión será irreversible; nunca podrá volver aquí, ni siquiera al infierno donde, a pesar de su mala fama, tampoco lo pasan tan mal.

Iba a responder Barsanufio que eso le parecía hacer un pan con unas tortas cuando la inoportuna aparición de un recién llegado, cuya túnica ostentaba un desvaído color rosa palo, interrumpió la conversación dado que el ángel tuvo que atenderlo. Ignoraba cual sería la razón que le había llevado allí, pero tampoco le importaba. Así pues, despidiéndose brevemente del parlanchín espíritu volador se puso a deambular sin rumbo por la estancia.

Para su sorpresa descubrió a alguien que ostentaba el mismo color que el suyo, quien hasta entonces le había pasado desapercibido, y también al propio ángel, al encontrarse bastante alejado y oculto tras un numeroso grupo que formaba un corro hablando de cosas a las que no prestó atención.

Por el contrario su compañero, así lo calificó mentalmente, se mantenía apartado y meditabundo, sentado en uno de esos extraños pero aparentemente cómodos sillones-nube. Se acercó a él con timidez temiendo ser rechazado, pero al menos habría que intentarlo.

Al desconocido, tras apreciar la similitud cromática, se le iluminó el rostro saludándole en un castellano antiguo, pero que no obstante pudo entender sin dificultad dado que, tal como había tenido ocasión de comprobar, otra de las habilidades innatas de las almas incorpóreas era el don de lenguas.

Pero Antúnez, así se llamaba, le relató una historia parecida a la suya, con la diferencia de que en lugar de ser un recién llegado era un veterano. De hecho, afirmó, era uno de los más antiguos de todos los que se encontraban en ese lugar.

Al preguntarle cuanto tiempo llevaba esperando él fue incapaz de decirlo, pero sí recordaba perfectamente el momento de su muerte: había sido a causa de las heridas recibidas en la batalla de Sagrajas, en la cual los ejércitos castellano y aragonés, comandados respectivamente por los reyes Alfonso Fernández y Sancho Ramírez, fueron derrotados por los almorávides sufriendo numerosas bajas entre ellas la del propio Pero, uno de los caballeros del séquito del monarca castellano.

Barsanufio se quedó helado. Aunque no estaba muy fuerte en historia sabía que el rey que había combatido en la batalla de Uclés fue Alfonso VI -en su época todavía no se usaban los ordinales-, conocido por su protagonismo en el *Cantar del Mío Cid*; y aunque tampoco se entendieron en las fechas dado que Pero utilizaba la era hispánica y él la cristiana, sabía que este rey había vivido en el siglo XI, por lo cual su nuevo amigo llevaba a la espera de ser clasificado la friolera de casi mil años.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, aunque al carecer de referencias temporales Barsanufio desconoce cuanto. Pero Antúnez logró al fin la ansiada túnica verde esmeralda y se despidió emocionado de él, lamentando la separación. Él continúa con la beige a la espera de que concluya su ordalía burocrática, rogando no tener que esperar tanto.